

Capítulo 7.

Relatos de la tragedia. El ocaso del reino de Navarra.

“Nabarra exangüe y convulsa, amenazada de rivales anexiones que muestran sus garras y sus colmillos afilados y denuncia con sus rugidos, coléricas competencias y solapadas intrigas enmascaradas con el maquiavelismo amasado merced a mañosas y simuladas bulas pontificias. Todas las infamias humanas, todas las desmelenadas furias del averno, todos los maleficios brotados de las cajas de Pandora concitados por nosotros y contra nosotros!”¹

Julio Altadill

Nombres como Roncesvalles, Leyre, Olite y las Navas de Tolosa dan testimonio del glorioso pasado de Navarra. A través de ellos se muestra al mundo que los antiguos navarros supieron erigir templos a Dios y palacios a sus monarcas, que derrotaron a cuantos extraños trataron de sojuzgarles o de imponerles una fe exótica. Navarra, en definitiva, tiene una historia grandiosa.

Ahora bien. Las propias ruinas de los palacios y los monasterios evidencian que esa grandeza no se ha mantenido intacta, que se produjo una decadencia. Antaño poderoso reino, Navarra se contempla rebajada al estatuto de una provincia de tercer orden, apartada de los centros políticos y económicos. ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Cuándo y por qué ha ocurrido la tragedia?

El momento exacto del inicio de la decadencia no es fácil de datar. Algunos autores como Núñez de Cepeda² y Elías de Tejada³ lo sitúan en la muerte de Sancho el Mayor, cuando Navarra pierde sus opciones de liderar la España cristiana. Otros, como Víctor Pradera⁴ y Enrique Ascunce⁵, apuntan a la muerte de Sancho el Fuerte, con el

¹ J. Altadill, *Castillos medievales*, *op. cit.*, p. 57.

² M. Núñez de Cepeda, *Guía*, *op. cit.*, p. 27.

³ F. Elías de Tejada, “La literatura política en la Navarra medieval”, *op. cit.*

⁴ Víctor Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, 2ª ed. aumentada, Ed. Voluntad, Madrid, 1925.

paso de la corona a manos de dinastías extranjeras. Nadal de Gurrea considera que desde el comienzo de las luchas entre Juan II y Carlos de Viana “puede mirarse como fenecido el reino de Navarra”⁶. Para Miguel de Orreaga, por último, “el principio del triste drama de la muerte de Nabarra”⁷ viene dado por la desaparición de Blanca I.

Esta disparidad de fechas no debe contemplarse como parte de una polémica por precisar los comienzos del fin. En realidad los diferentes hitos conviven sin generar discusiones. Bien es cierto que por encima de todas las fechas hay un momento clave, aunque sea sólo desde el punto de vista formal, a saber: la conquista castellana de 1512. Con ella culmina el largo proceso de declive.

Este capítulo tiene como objeto recoger las distintas versiones que la cultura navarra ha ofrecido de la decadencia del reino y de su posterior anexión a Castilla. Para ello se estudiarán en primer lugar los antecedentes de la conquista. A continuación nos ocuparemos de ésta y, en tercer lugar, examinaremos sus consecuencias. Tras ello se dedicarán algunas páginas a la polémica desatada en torno al monumento de Amayur. Conviene advertir desde ahora que se trata de una cuestión crucial que, al tiempo que escenificó la dialéctica entre las distintas versiones de 1512, supuso a medio plazo la liquidación de la Comisión de Monumentos. También repasaremos el papel que ha jugado la figura de San Francisco Javier en los relatos de la tragedia. El capítulo se cerrará con una reflexión en torno a la presencia de las tramas en los relatos sobre el ocaso del reino.

Aliento de tragedia.

⁵ Enrique Ascunce, *Iñigo de Loyola. Capitán español y el Castillo de Pamplona*, Ed. Afrodasio, Madrid, s. f. (¿1939?), p. 17.

⁶ J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 259. En cuanto se refiere a los últimos años del reino de Navarra, Nadal sigue prácticamente de forma literal al *Diccionario geográfico-histórico de España de 1802, op. cit.*

⁷ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 4.

‘Desde la muerte de Carlos III todo en Navarra es descomposición, pelea, rotura de vínculos, aliento de tragedia.’⁸

Eladio Esparza.

El género de los relatos de los orígenes es predominantemente la épica. En ellos se narran grandes batallas y alianzas fundacionales, momentos agónicos en los que se sale de la barbarie y se entra en la civilización, jugándose el todo por el todo. Aparecen legisladores como Licurgo y Solón, reyes como David y Rómulo. Por el contrario, el ocaso del reino presenta buena parte de los rasgos propios de la tragedia.

Es ya de por sí significativo que muchos autores hayan empleado símiles teatrales para explicar la decadencia de Navarra. Desvenises du Desert⁹, Campión¹⁰, Orreaga¹¹, Ibarra¹², Iribarren Paternáin¹³ y el Conde de Rodezno¹⁴, entre otros, hablan de la conquista como “un drama” o “una tragedia”, equiparan a sus protagonistas con “personajes” y proporcionan a sus narraciones un aire sombrío y melancólico.

Pero esta condición trágica del ocaso va más allá de unas comparaciones explícitas. Es la propia construcción de los acontecimientos y los personajes lo que le proporciona ese carácter inequívocamente dramático.

De entrada, podemos constatar la presencia de una idea tan típica de la tragedia como la omnipotencia del destino¹⁵. Especialmente en la fase más irónica de la tragedia, los protagonistas se encuentran prisioneros de la trama, y todas y cada una de sus acciones contribuyen inevitablemente a la consecución del desenlace previsto. A menudo éste aparece como evidente a los ojos de los espectadores, mientras que los actores están ciegos para preverlo¹⁶.

⁸ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 48.

⁹ G. Desvenises du Dezert, *Don Carlos d'Aragon. Prince de Viane. Etude sur l'Espagne du nord au XV siècle*, Armand Colin et C. eds., Paris, 1889, p. 432.

¹⁰ A. Campión, en *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 465.

¹¹ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 4.

¹² [Javier de Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglos XVI*, Imp. de J. García, Pamplona, 1951, p. 31.

¹³ M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 240.

¹⁴ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla*, Ed. Aramburu, Pamplona, 1944, p.12.

¹⁵ En efecto, la fatalidad de la existencia es un ingrediente fundamental de las tragedias. Cfr. Northrop Frye, *op. cit.*, p. 275. La siguiente caracterización de la tragedia se basa principalmente en el estudio de Frye (pp. 271-293). No obstante algunas de sus ideas han sido reformadas en aras de nuestros objetivos. El propio Frye recomienda esta lectura constructiva en la “Introducción polémica” a sus ensayos (pp. 15 y ss).

¹⁶ Así ni Edipo, ni Ajax, ni el Rey Lear consiguen comprender el advenimiento de su desgracia.

La historiografía foránea ha acudido a menudo a la idea de la fatalidad para dar cuenta de la conquista del pequeño reino pirenaico. Así sucede en el relato de la célebre *Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille*¹⁷, de Pierre Boissonade. En ella, los reyes navarros intentan mantener el equilibrio y posibilitar la supervivencia de su reino. Pero inútilmente, pues “*Tout sembla conjuré rendre leur malheur irréparable*”¹⁸. Entre los historiadores españoles, también Modesto Lafuente¹⁹, entre otros muchos, utiliza el tópico de la fatalidad.

Por su parte, la historiografía local lo incorporó tempranamente a su narración del ocaso, tal vez porque atenuaba la necesidad de juzgar tajantemente la conquista. El padre Moret ve a Navarra “entre dos escollos fatales”²⁰. Ya en el siglo XIX, Yanguas y Miranda, después de relatar los prolegómenos de la invasión, concluye: “Así jugaba la fortuna con esta desgraciada monarquía”²¹.

A menudo el destino que rige la suerte de Navarra tiene un origen geográfico. Anteriormente vimos cómo para algunos autores los accidentes del medio determinaban los caracteres étnicos. También en el caso concreto del declive del reino la geografía juega un papel esencial. “El signo maligno que gobierna los destinos de Nabarra durante su última época de vida nacional”, sentencia Arturo Campión, “es su posición geográfica”²². Esta opinión coincide con la de Tomás Domínguez Arévalo, para quien el reino estaba “fatalmente llamado a sucumbir por imperativos de lugar y de tiempo”²³. La idea se repite con llamativa frecuencia, con una insistencia que en ocasiones pone en entredicho la creatividad del autor. Manuel Iribarren Paternáin, por ejemplo, casi plagia al citado aristócrata cuando sentencia que Navarra estaba “fatalmente destinada a desaparecer” dado que “los imperativos de tiempo y de lugar hacían de ella un contrasentido político”²⁴.

¹⁷ Pierre Boissonade, *Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille. Essai sur les relations des princes de Foix-Albret avec la France et l'Espagne (1479-1521)*, A. Picard et Fils éditeurs, Paris, 1893.

¹⁸ *Ibidem*, p. 561.

¹⁹ M. Lafuente, *op. cit.*, tomo 8, p. 17.

²⁰ José de Moret, *Anales del Reino de Navarra*, Establecimiento tipográfico de E. López, Tolosa, 1891. Tomo VII, p. 288.

²¹ J. Yanguas y Miranda, “Prólogo” a Luis Correa, *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el Duque de Alba, general del ejército del Rey Fernando el Católico, en el años de 1512*, Edición de Yanguas y Miranda, Pamplona, 1843, p. 37.

²² A. Campión, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 241. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 368: “Nuestros reyes estaban condenados a vivir en equilibrio inestable y a morir en cuanto perdieran ese equilibrio. Su conducta era un imperativo de la geografía.” (Las cursivas son mías).

²³ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 16.

²⁴ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 258.

En definitiva, la desaparición del reino pirenaico no es tanto el resultado de acciones voluntarias como la consecuencia de una maldición geopolítica. Víctima de la historia y rodeado de Estados demasiado poderosos, sus días estaban contados de manera irremediable. Lo que se juega en todo caso es de qué lado caerá la manzana. Eladio Esparza asienta sobre esta idea de fatalidad su discreta apología de la conquista.

‘Pero Navarra, geográficamente es siempre la misma: presa codiciada por el Sur y por el Norte. Nuestro inolvidable príncipe de Viana, corazón de los tristes destinos, dejó indeleblemente marcado el de su reino: ‘Utrunque roditur’.’²⁵

En contra de lo que pudiera esperarse, la tesis del imperativo geográfico ha sido secundada por significativos escritores nacionalistas como Miguel de Orreaga²⁶ y Carlos Clavería²⁷. Bien es cierto que desempeña una tarea ideológica de mayor alcance entre los navarristas. El problema de sentirse navarro y español queda notablemente atenuado porque, como escribe Vicente Galbete, ‘no hay fuerza capaz de oponerse al imperativo geopolítico’²⁸. Sería absurdo tratar de oponerse a lo irremediable.

Sin embargo, es evidente que la geografía ha permanecido constante y que Navarra continuó independiente durante cerca de ocho siglos. ¿Qué hay de nuevo en los siglos XV y XVI que la condene a desaparecer como reino diferenciado? ‘[...] el concepto de las potentes nacionalidades’²⁹, responde el Conde de Rodezno. Con él coincide Jesús Etayo, para quien:

‘[...] fatalmente esta pequeña patria había de sucumbir a uno de los dos poderosos Estados imperiales e imperialistas que el Renacimiento creó a sus lados Norte y Sur.’³⁰

²⁵ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 48.

²⁶ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 10.

²⁷ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 238. ‘Navarra vivía tranquila [...] respetada por los hombres, pero no así por los elementos que se conjuraron contra ella’.

²⁸ Vicente Galbete, ‘Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba’, en *Príncipe de Viana*, nº 25, 1946, p. 697.

²⁹ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p.12.

³⁰ J. Etayo, ‘Algunas interpretaciones y glosas’, en Gurrea ed., *op. cit.* La fatalidad geográfica, por tanto, incluye un fuerte componente político. Vicente Galbete nos proporciona otra muestra de este tópico cuando escribe: ‘La suerte del pequeño reino navarro estaba echada desde el momento en que fue totalmente rodeado por sus poderosos vecinos [...]’ (V. Galbete, ‘Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba’, *op. cit.*, p. 696.)

Francia y España luchan entre sí por el predominio de Europa. Y Navarra, en palabras de Esparza, es un “punto neurálgico”³¹ entre ambas. En 1512 Francia es católica, pero en el futuro quedará contaminada por el protestantismo. Además, a partir del siglo XVIII, se convertirá en la fuente de todos los desordenes morales y políticos. Por ello hay que agradecer que, en palabras de Esparza, “la línea derecha de Dios”³² mantuviera a Navarra del lado de España. De paso, la conquista no sólo salva a aquélla, sino también a toda España. Porque, como escribe Rafael García Serrano:

‘Sin Navarra, un peligroso portillo hubiese permanecido abierto: el de Francia. Aquel por el que vienen siempre las invasiones, bien con el ademán revolucionario de los sans culottes napoleónicos, bien con el atildamiento reaccionario de los cien mil hijos de San Luis.’³³

Merced a la fuerza del destino geográfico-político los detalles humanos de la tragedia pierden buena parte de su importancia. El comportamiento de los reyes castellanos, navarros y franceses; la actitud de la nobleza, del pueblo: todo tiene un interés periférico puesto que, como escribe Francisco Javier Arvizu, “la unión fue algo impuesto por las circunstancias y que de una u otra manera hubiese tenido realización”³⁴.

Sin posibilidad de sobrevenirse a los imperativos histórico-geográficos, los actores de la tragedia proceden llevados por el destino. Para Arturo Campión “la geografía mandaba sobre los reyes [de Navarra], determinando su conducta”³⁵. Éstos, según Iribarren Paternáin, intentaron continuamente mantenerse al margen de los conflictos hispano-galos, pero “la Historia tiene ya sus caminos inescrutables, trazados por el dedo de la Providencia”³⁶.

Como era de esperar, los escritores más favorables a las consecuencias de la conquista insisten interesadamente en la falta de independencia de los últimos monarcas navarros. Para Eladio Esparza “fueron veletas que las movía el aire allende de los

³¹ Eladio Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 23. Las palabras de Franco, recogidas en el *Arriba España* (en adelante *A. E.*) de 4 del XII de 1952, abundan en el mismo tema: “Navarra era la puerta de España, lindaba con Francia y ésta empleaba todos los artificios y todos los medios para destruirnos.”

³² E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 24.

³³ Rafael García Serrano, “Navarra pura en Javier”, en *A.E.*, 4-XII-1952, p. 7.

³⁴ F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 48.

³⁵ A. Campión, “Prólogo” a M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XXV. El corchete es mío.

³⁶ Manuel Iribarren Paternáin, *El Príncipe de Viana*, *op. cit.*, p. 35.

Pirineos”³⁷. Según Elías de Tejada, Navarra era una ‘monarquía satélite’³⁸. Y como muchos otros agita como prueba el lema del Carlos de Viana, “*Utrunque roditur*”³⁹.

Ante la alternativa de ser absorbido por Francia o por España la preferencia por esta última opción les parece a la mayoría de nuestros autores evidente. En cualquier caso ni euskaros, ni nacionalistas, ni, desde luego, los navarristas se lamentan porque toda Navarra no sea hoy francesa.

Pero el imperativo geográfico, con ser importante, no es la única causa del ocaso del reino. Los textos ofrecen otra gran explicación a la tragedia, algo que forzosamente ha translucido ya en la medida en que los autores se limitan a menudo a superponer los dos factores, sin detenerse a coordinar su alcance relativo ni a considerar su compatibilidad. Nos referimos a la guerra civil entre beaumonteses y agramonteses. Ésta precipita a Navarra en un escenario teatral en el que todo hace preluir el drama. Según asegura el navarrista Félix Zapatero:

‘Desde este fatídico momento la historia de Navarra es un capítulo de páginas siniestras, un cúmulo de desventuras, un constante desmoronamiento del territorio, una visión dantesca cuyos horrores y excesos dejaron al país inerme y a merced de quien quisiese conquistarlo.’⁴⁰

El origen de las guerras civiles parece situarse en el reinado de Carlos III. En esas fechas nace la discordia entre dos señores feudales: Pierres de Peralta y Luis de Beaumont, agramonteses y beaumonteses. ‘Estos dos personajes - escribe Gúrpide- son los culpables de nuestras desdichas’⁴¹. A la muerte de Blanca I los beaumonteses toman partido por el heredero del trono, Carlos de Viana, mientras que los agramonteses se inclinan por el rey consorte, Juan II de Aragón⁴². Con la desaparición de ambos personajes, los beaumonteses giraron hacia Castilla mientras que los agramonteses tomaron partido por los monarcas navarros de Foix. Unos y otros conforman el “coro”

³⁷ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 57.

³⁸ F. Elías de Tejada, ‘La literatura política en la Navarra medieval’, *op. cit.*, p. 204. Cfr. C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 243.

³⁹ *Ibidem*, p. 203.

⁴⁰ Félix Zapatero, ‘Juan II de Navarra. El ocaso de un reino’, en *Euskalerraren alde*, tomo XVIII, 1928, p. 174. También a decir del Conde de Rodezno, ‘los últimos reinados de los Reyes de Navarra fueron de triste y turbulento discurrir’ (*Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 12).

⁴¹ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 253.

⁴² Lo denominamos segundo siguiendo la tradición historiográfica local. Algunos historiadores lo consideran primero dado que el que los navarros llaman Juan I murió a los ocho días de nacer.

de la tragedia, “de importancia capital para el desarrollo de la acción”⁴³. Sus disputas, combinadas con el imperativo geopolítico, ocasionan a medio plazo la desaparición del reino.

Esta responsabilidad les ha acarreado la aversión general de los escritores locales. El navarrista Manuel Iribarren los tiene por “asesinos de la paz y principales inductores en la tragedia”⁴⁴. Por ello, el nacionalista Miguel de Orreaga brama al recordarlos: “¡Malditos nombres que han anublado las gloriosas páginas de la Historia de Nabarra!”⁴⁵.

Aunque con una visión del resultado del drama muy diferente, Eladio Esparza se suma a la lista de acusadores. “Agramonteses y Beaumonteses, secuaces fanáticos de dos familias rivales”, sentencia, “despedazaron para siempre, a puñalada limpia, nuestro reino”⁴⁶. Campión⁴⁷, Arigita⁴⁸, Estella⁴⁹, Estornés⁵⁰, Ibarra⁵¹ y un largo etcétera coinciden en denigrar a las dos facciones.

Indudablemente la responsabilidad de las banderías introduce un elemento de voluntariedad en la tragedia. Resulta sugestivo que la culpa apunte principalmente hacia los propios navarros y no hacia el invasor. También lo es que, para nuestros autores, esta responsabilidad no entre en contradicción con la idea de fatalidad. El navarrista Javier de Ibarra, por ejemplo, muestra cómo ambos factores pueden hacerse compatibles:

“Todo tiene fin en este mundo, y el milenarismo Reino de Navarra, que dio reyes a Castilla y a Aragón y ha escrito en sus épocas de prosperidad tantas páginas de oro en su brillante historia, debía también sucumbir como otras naciones y

⁴³ M. Iribarren, *Navarra*, op. cit., p. 241.

⁴⁴ M. Iribarren, *El Príncipe de Viana*, op. cit., p. 68.

⁴⁵ M. de Orreaga, op. cit., p. 5.

⁴⁶ Eladio Esparza, “La novela de Doña Blanca de Navarra”, en *Navarra*, 1925.

⁴⁷ A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., pp. 331 y ss.

⁴⁸ Mariano Arigita, “Prólogo”, en Baltasar Lezaun y Andía, *Memorias de los Señores Condes de Lerín*, edición de Mariano Arigita, Publicaciones de la *Revista de Historia y Genealogía Española*, Madrid, 1912. El texto original es de 1702 e incluye una justificación de la conquista. Por contra, Arigita aprovecha el prólogo para criticar con dureza al Conde de Lerín.

⁴⁹ B. de Estella, op. cit., p. 110.

⁵⁰ B. Estornés, *Historia del País Basko*, op. cit., p. 157.

⁵¹ [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI*, op. cit., p. 31.

estados. *Pero no fenecen los reinos por vetustos, sino porque los asesinan los mismos hijos, con sus sangrientas rivalidades, haciéndolos ingobernables.*⁵²

Como sucedía con los bosques, los fueros y el euskera, la pérdida de la independencia señala como responsables a los propios nativos. El papel de los enemigos externos es sólo el de “comparsas”, en palabras de Iribarren Paternáin⁵³. Si la tragedia llegó a producirse fue porque los navarros, de una u otra forma, consintieron. Tal y como sentencia Campión, “nunca un pueblo pierde la vida nacional sin culpa que le sea imputable”⁵⁴.

Con todo, y como exigen los cánones de la tragedia, ésta se teje sin que los banderizos sean verdaderamente conscientes de su proceder, es decir, irónicamente. Agramonteses y beaumonteses comprenden las consecuencias del enfrentamiento cuando ya es demasiado tarde. La pregunta que lanza Julio Gúrpide a sus lectores infantiles, y que sólo admitiría una respuesta positiva, recoge este ingrediente dramático.

“¿No te parece triste que los navarros *se mataran y acabaran, sin darse cuenta, con el Reino*, sirviendo a planes políticos de elementos extranjeros?”⁵⁵

Curiosamente, los escritores navarros en general se han preocupado poco de analizar los motivos concretos de las guerras civiles. Se alude a envidias y celos, pero sin concretar su origen. Según Campión⁵⁶ esto se debe a que las causas profundas del conflicto, de mezquinas, no han pasado a la historia. La errante política de cada bando lleva a pensar que bastaba con que un partido se inclinase por un monarca o un aliado para que pasase a ser considerado enemigo por el otro. Con ello el conflicto cobra un carácter absurdo, injustificable e irracional, lo que refuerza su dramatismo. Como en la pugna entre capuletos y montescos, los navarros luchan entre sí ciegamente, sin preguntarse por qué, provocando el desenlace de la tragedia.

⁵² *Ibidem*. Las cursivas son mías.

⁵³ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 241.

⁵⁴ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 486. Bien es cierto que a menudo se ha repetido que Castilla fomentó la guerra civil. Cfr. *Ibidem*., p. 308. M. Iribarren, *El Príncipe de Viana, op. cit.*, p. 98.

⁵⁵ J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 261. Cursivas mías.

⁵⁶ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 331.

Ocasionalmente se ha producido una cierta reivindicación de los bandos contendientes. El Conde de Rodezno, por ejemplo, se llama a sí mismo “agramontés del siglo XX”⁵⁷. Al contrario, Francisco Seminario⁵⁸ se da el nombre de beaumontés. Sin embargo se trata de excepciones. El rumbo de ambos bandos es demasiado errático, al menos según las lecturas más comunes, para permitir una elección tajante. Los beaumonteses toman partido por el llorado Príncipe de Viana, pero promueven a su muerte la conquista de Navarra. Los agramonteses, que sostienen al unánimemente odiado Juan II, defienden luego la independencia del reino. Quienes como Pradera han realizado una lectura histórica procastellana y favorable al Príncipe podrían haber efectuado una “heroización” de los beaumonteses, pero ésta no llega a tener lugar⁵⁹.

Hay que añadir que los dos bandos no han sido reprobados con la misma intensidad. Para quienes, más o menos veladamente y en mayor o menor contradicción con sus postulados políticos, simpatizan con una Navarra independiente en el siglo XVI, los agramonteses se “redimen” de su pecado con su fidelidad a los últimos monarcas naturales de Navarra. Los beaumonteses, por el contrario, se condenan definitivamente al formar parte de la expedición castellana que conquista el reino en 1512. José Ramón Castro, por ejemplo, que dice deplorar ambos partidos, reserva el apelativo de “indignos navarros”⁶⁰ para los de Beaumont.

A este respecto, la división tiene como arquetipo de antihéroe al conde de Lerín, el líder de la facción beaumontesa⁶¹. Su figura ha sido continuamente repudiada tanto por euskaros, como por nacionalistas y navarristas. Entre los primeros, Hermilio de Olóriz lo llama “el corazón más bajo de Navarra”⁶². Desde el nacionalismo, Miguel de Orreaga lo califica de “villano y miserable”⁶³. Entre los navarristas, Manuel Iribarren

⁵⁷ Conde de Rodezno, “Otra carta”, en *D. N.*, 23-I-1921.

⁵⁸ Francisco Seminario, “Otra opinión”, en *D. N.*, 23-I-1921.

⁵⁹ Como veremos más adelante, Pradera repudia con dureza a los partidarios de Agramont, pero reconoce que los beaumonteses carecían de virtudes patrióticas. Cfr. V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, p. 82.

⁶⁰ José Ramón Castro, *Lealtad de Tudela a los últimos Reyes de Navarra*, Imp. La Académica, Zaragoza, 1933, p. 4. Un segundo ejemplo puede ser la actitud de Mariano Arigita en su biografía de *Don Francisco de Navarra*, *op. cit.*, p. 80. Arigita condena la actitud de las dos banderías, pero matiza: “la crítica imparcial y severa concederá siempre a la de LOS NAVARRAS [agramonteses] los títulos a que se hicieron acreedores por su lealtad acrisolada y por su amor sin límites a Navarra, mientras que para los Beaumont no podrá menos de guardar los más terribles dictados, propios de quienes, después de haber ensangrentado un reino con sus mañas y malas artes, trabajaron por entregarlo a un extraño y lo consiguieron, con perjuicio de sus legítimos señores y vilipendio de su propia sangre.” (Mayúsculas suyas, corchete mío).

⁶¹ Naturalmente hay varios Condes de Lerín. Pero llamativamente los diferentes personajes históricos parecen haberse unificado en un sólo personaje “literario”.

⁶² H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 7.

⁶³ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 285.

afirma que “carecía de conciencia, quebrantaba los juramentos, no se detenía ante el crimen ni la traición”⁶⁴. Para Javier de Ibarra, por último, “apostató de su origen navarro, abrazando casi en absoluto el ideal castellano”⁶⁵. El conde de Lerín, en efecto, constituye el prototipo del enemigo interno, el ejemplar más célebre de la quinta columna que, como un cáncer, infecta a Navarra. Después de estudiar la Guerra de la Navarrería, Arturo Campi3n lo erige apesadumbrado en un s3mbolo caracter3stico de la historia patria:

‘Mis investigaciones sobre los acontecimientos narrados por Guillermo Annelier, revelaron a mi esp3ritu una verdad cruel y odios3sima: que *los mayores enemigos que los nabarros han tenido y tienen son nabarros*. El poder extraño, las influencias extrañas que avasallan y descartan, rondaban nuestra casa; pero nosotros les abrimos siempre la puerta. El Conde de Ler3n parece ser *hombre representativo* de Nabarra. Nabarros guiaron al duque de Alba, nabarros mutilaron los fueros, nabarros los comprometieron en locas empresas, nabarros consienten, a diario, el quebranto de ellos, nabarros abominan del baskuenze y cuando no lo abominan lo desdeñan. Lamentable genio el tuyo, patria mía!’⁶⁶

En este contexto la reivindicaci3n de Eladio Esparza, dentro de una apolog3a general de la conquista, solicitando una estatua que honre su memoria, resulta verdaderamente exc3ntrica.

‘Porque aquel ‘fel3n’ de duque de Alba nos conquist3, para nuestra fortuna, claro, porque de un rey al que se le ca3an los pantalones no pod3an esperar grandes heroicidades los navarros; no obstante todos los navarros hemos convenido hip3critamente en denostar al duque y a su aliado el gran Conde de Ler3n -sin una estatua aqu3 donde sobra tanta piedra- por aquella hazaña guerrera que puso orden en el reino.’⁶⁷

Conviene insistir, sin embargo, que la distribuci3n de papeles entre agramonteses y beaumonteses no es tajante, ni siquiera a nivel de un autor determinado.

⁶⁴ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 246.

⁶⁵ [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 26.

⁶⁶ A. Campi3n, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. V. Cursivas suyas.

⁶⁷ E. Esparza, ‘Postales’, *D. N.*, 31-VII-1932, p. 1. Cfr. tambi3n las ‘Postales’ del 3-VIII-1932.

A menudo da la impresión de que nos encontramos ante un relato en formación, todavía indeciso en la asignación de los papeles dramáticos y en su hilo argumental. Llama la atención que Campi3n realce la presencia de beaumonteses entre quienes se exilian con los 3ltimos reyes de Navarra en el Bearne, y que Miguel de Orreaga remarque que ni los de Beaumont eran espa3olistas⁶⁸ ni faltaron agramonteses procastellanos⁶⁹. De hecho, aunque con menos virulencia que en el caso del conde de Ler3n, ha sido habitual destacar la maldad del l3der agramont3s Mos3n Pierres de Peralta⁷⁰.

Llama poderosamente la atenci3n que, de manera inversa al nacimiento del reino, que supon3a una organizaci3n de las fuerzas, el comienzo de un orden, su ocaso coincida con un per3odo de creciente anarqu3a. El pacto originario entre los miembros de la raza, por el que pon3an fin a sus disputas intestinas, se rompe, dando paso a una situaci3n de ‘anarqu3a’, ‘desolaci3n’⁷¹ y lucha interna. En palabras de Campi3n, hacia el siglo XV ‘la verdadera idea nacional se eclipsa, y los euskaldunas se destrozan implacablemente, muriendo y matando a la sombra de extranjeros pendones’⁷². Navarra ‘se convierte en un nido de partidarios salvajes, en una especie de Montenegro pirenaico’⁷³.

Si el imperativo geogr3fico no tiene vuelta de hoja, la discordia interna s3. El pasado ya est3 escrito, pero la historia, maestra de la vida, ofrece una importante lecci3n a los navarros del presente: la necesidad de superar las divisiones internas y permanecer unidos. ‘Todo reino dividido ser3 desolado’, escribe Gervasio Etayo, ‘la uni3n hace la fuerza’⁷⁴. Tal vez no sea una idea demasiado original pero toda la reflexi3n del autor en torno a la Gamazada gira enteramente en torno a este pensamiento. Con 3l coincide Zalba: ‘La divisi3n y las facciones’, afirma, ‘llevaron a Navarra a la muerte; no olvidemos la lecci3n’⁷⁵. En algunos autores la responsabilidad de las bander3as llega

⁶⁸ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XXIII.

⁶⁹ *Ib3dem*, p. 43 y ss.

⁷⁰ Es c3lebre la supuesta an3dota recogida por Campi3n en boca de un campesino de Olite. Seg3n ella, despu3s de haber asesinado al obispo de Pamplona, nadie quer3a absolver a Pierres de Peralta. Marcha a Roma con objeto de conseguir mediante una treta la absoluci3n papal. Para ello se ‘cae’ al T3ber al paso del pont3fice, ocultando su identidad. Sus servidores animan al Papa a procurarle la absoluci3n, ante la posibilidad de que muera. El Papa responde: ‘Te absuelvo de tus pecados, a menos que seas Mos3n Pierres de Peralta’. Cfr. A. Campi3n, *Euskariana. (Fantas3a y realidad)*, [Segunda serie], Biblioteca Bascongada, Bilbao, 1897, p. 74. Jos3 M^a Iribarren, *Vocabulario navarro*, G3mez, Pamplona, 1952, p. 603.

⁷¹ J. G3rpide, *Geograf3a e Historia*, *op. cit.*, p. 263. Cfr. L. Mun3rriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 116.

⁷² A. Campi3n, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, p. 153.

⁷³ *Ib3dem*, p. 150.

⁷⁴ G. Etayo, *op. cit.*, p. 114.

⁷⁵ Jos3 Zalba, ‘Amayur’, *op. cit.*, p. 1.

incluso a eclipsar, o al menos a poner en segundo término, el imperativo geográfico. ‘Si los navarros hubieran estado unidos’, se lamenta, por ejemplo, Gregorio Iribas, ‘otra habría sido la suerte de nuestro Reino’⁷⁶.

La lección de la división y la unidad constituye el tema central de ‘Los hermanos Gamio’⁷⁷, uno de los mejores relatos cortos de Arturo Campión. La acción se sitúa en 1521. En el caserío de Fayatz convalecen dos hermanos, Pello y Matxin, cuidados por su madre y su hermana. Mientras tanto, en el castillo de Maya de Baztán luchan castellanos y beaumonteses, por un lado, contra agramonteses y franceses, por otro. Los segundos tratan de conquistar el reino para Enrique de Albret. ‘Mientras el país se arruina’⁷⁸. Pello ha luchado en el bando de Castilla. Matxin ha combatido por la causa de Albret. Ambos han resultado mutilados: Pello ha perdido el brazo derecho en las campas de Noain; una bala de cañón arrancó la pierna de Matxin. A los pocos días las tropas españolas consiguen tomar Maya. Con su regocijo Pello provoca a Matxin y los dos hermanos comienzan a discutir agriamente.

-‘Vosotros entregasteis el Reino a Fernando el Falsario’⁷⁹ - acusa Matxin.

-‘Habéis abierto el Pirineo a los franceses para convertir a Nabarra en feudo de Francia.’⁸⁰ -replica Pello. Además, continúa, la rebelión ha puesto en peligro los fueros. ‘¡Los Fueros, los Fueros!’ responde su hermano, ‘¿Qué mayor ni más precioso Fuero que la independencia?’⁸¹.

La disputa va subiendo de tono y los hermanos echan mano de sus espadas. Luchan y terminan por herirse mutuamente.

Al día siguiente los dos jóvenes agonizan. Su madre y su hermana intentan desesperadamente salvarles la vida. Pero llegan al caserío las tropas castellanas licenciadas después de la caída de Amayur. A la puerta de casa violan a la hermana y asesinan a su madre. Al escuchar los gritos de éstas y las risas de los soldados Matxin despierta y llama a gritos a Pello.

⁷⁶ G. Iribas, *op. cit.*, pp. 12-13. Cfr. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 28: ‘Pero si Navarra hubiera estado unida, su causa, como el arca santa, hubiera salido a flote de aquel diluvio.’

⁷⁷ A. Campión, ‘Los hermanos Gamio’, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.*

⁷⁸ *Ibidem*, p. 90.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 95.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ *Ibidem*, p. 96.

“Pello, Pello, hermano despierta. [...] que asesinan a nuestra madre, que deshonoran a nuestra hermana. ¿Has oído? He dicho *nuestras*. Escucha cómo gimen ellas, cómo amenazan ellos. Maldición sobre nosotros. Ayer, por los partidos, nos matábamos; hoy no podemos defender a nuestra madre.”⁸²

Pero es inútil: su hermano ha muerto. Arrepentido de su crimen, toma su espada y, a pesar de su estado, se lanza contra los castellanos. Pero ni siquiera llega a alcanzarlos. Se le abren las heridas y se desangra en el camino. Lo último que escucha antes de expirar son los sollozos de su hermana.

Es interesante anotar cómo las luchas entre agramonteses y beaumonteses recuerdan en algunas ocasiones a las contiendas carlistas. Como en éstas, la toma de partido por intereses exógenos ha motivado la ruina del país. En cualquier caso, es preciso ser consciente de que las guerras civiles son simplemente un episodio dentro de una historia más amplia: la de la división de la tribu en beneficio de sus enemigos. Ella es, según Aranzadi, la “causa eterna, única de nuestros males”⁸³. También Jesús Etayo es perfectamente consciente de que las guerras de bandería, más allá de ser un suceso puntual, representan una constante definitoria de la historia navarra:

“La cuestión ha sido siempre pelear unos con otros; mordernos, olvidando que mordiéndonos no nos matamos nosotros, sino que matamos a Navarra. Sí, la cuestión era pelear fraternalmente: la conquista de Navarra, las bulas de Julio II, Amayur, eran, sobre todo para muchos de los apasionados espectadores del torneo, la ocasión, las circunstancias del momento, lo accidental [...]”⁸⁴

El tópico de la división interna y la necesidad de mantenerse unidos recorre las letras locales con una constancia significativa. La célebre novela de Arturo Campión *Blancos y Negros*⁸⁵ constituye una de las mejores muestras de esta literatura.

La acción se sitúa en Urgain, un pueblo ficticio de la montaña navarra, en un año indeterminado del comienzo de la Restauración. Se acercan las elecciones y en el pueblo rivalizan carlistas y liberales dinásticos. Ambos grupos, blancos y negros,

⁸² *Ibidem*, p. 102. Cursivas suyas.

⁸³ E. de Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, *op. cit.*, p. 26.

⁸⁴ Jesús Etayo, “Divagaciones”, en *Navarra*, *op. cit.*

⁸⁵ Arturo Campión, *Blancos y Negros (Guerra en la Paz)*, Imp. Erice y García, Pamplona, 1898.

utilizan todas las artimañas a su alcance para conseguir el voto de sus paisanos. Mientras tanto Urgain, invadido por emigrantes españoles de todas las regiones, pierde sus costumbres características y su idioma milenario. En sus tabernas comienzan a escucharse la jota y la bandurria, y el carácter autóctono desaparece día a día.

Aunque casi todos los vecinos lo ignoran, las elecciones, en realidad, están decididas de antemano. Las élites carlista y liberal han alcanzado secretamente un acuerdo para repartirse los votos. Pese a todo los carlistas del pueblo intentan recabar el apoyo de Mario Ugarte, el joven heredero de una familia de alcurnia, casi arruinada por la última guerra. Mario, antiguo carlista, se niega, cansado de las luchas de partido. El emisario de los carlistas lo llama liberal, pero él replica que, simplemente, es “un navarro que ama a su patria”⁸⁶. En su opinión las disensiones políticas entre los partidarios de Alfonso y de Carlos están terminando con Navarra. Por eso llama a la reconciliación y la unidad en torno a una bandera exclusivamente navarra y católica:

‘Cese el grito de los partidos españoles y resuene el himno de la hermandad navarra. Nada haré por dividir, cuenten conmigo para unir.’⁸⁷

Tanto blancos como negros lo hacen objeto de sus iras, alentando rumores contra su persona. Finalmente, Mario de Ugarte es asesinado por un navarro noble como él, aunque inculto, un ribero ofuscado por unos celos infundados.

Otra de las mejores novelas de Campián, *Don García Almorabid*⁸⁸, tiene por objeto una temática parecida. Esta vez son los navarros del siglo XIII los que se matan en defensa de intereses extranjeros.

En este contexto, tanto desde los euskaros como desde el nacionalismo y el navarrismo, abundan extraordinariamente los llamamientos en favor de la unidad. Entre los primeros, Hermilio de Olóriz termina su estudio sobre el *Fundamento y defensa de los fueros*⁸⁹ con un llamamiento a la concordia entre todos los euskaldunes:

⁸⁶ *Ibidem*, p. 78.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 83.

⁸⁸ A. Campián, *Don García Almorabid*, *op. cit.*

⁸⁹ H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*

“Uníos pues, uníos en torno al santo árbol de los fueros; así no os lamentareis mañana como en otro tiempo el Conde de Lerín y los suyos de haber traído a Navarra el luto y la miseria.”⁹⁰

El “navarrismo castizo”⁹¹ que preconiza Juan P. Esteban en las columnas de *Diario de Navarra* apela también a la unidad en defensa de lo nativo, por encima de las divisiones partidistas. La unión es también la consigna que predica el nacionalista Evangelista de Ibero en su sermón de 1902⁹².

Curiosamente, y de manera análoga a como sucede con la denuncia del caciquismo en España, que termina por hacerse común a los propios caciques, el llamamiento a la concordia se extiende también a los miembros de los diversos partidos. Así, el dirigente carlista Joaquín Beunza puede permitirse finalizar una conferencia sobre enseñanza en los siguientes términos:

“Termino afirmando que la unión es la fuerza: recuerdo que la desunión de sus hijos hizo perder la independencia a Navarra en el siglo XVI; que la desunión de navarros y vascongados hizo perder los fueros en 1839 y 1876.”⁹³

Pero qué duda cabe de que la receta de la unidad no puede conseguir que el pasado cambie. La tragedia se ha consumado hace siglos y como tal no tiene vuelta de hoja. La única esperanza que queda es que el futuro no se encuentre también escrito.

Un príncipe melancólico e irresoluto.

Los protagonistas de los orígenes, decíamos, son personajes de gran fortaleza, seres decididos y heroicos, siquiera en la maldad, capaces de las mayores hazañas. Por el contrario, los protagonistas de la tragedia del ocaso son seres indecisos y débiles, personajes contradictorios que labran involuntariamente su propia desgracia. Alazones a los que engañosamente se les aparece la posibilidad de un destino glorioso pero que, en realidad, les está negado de antemano. Abocados al sacrificio, concitan a menudo la simpatía y la piedad, pero muy raramente obtienen la adhesión de los héroes épicos.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 128.

⁹¹ Juan P. Esteban, “Navarrismo castizo”, en *D. N.*, 13 y 16-IV-1924.

⁹² F. Evangelista de Ibero, *Sermón predicado en la Catedral de Pamplona el 8 de abril de 1902, el día de la dedicación de aquella Santa Iglesia*, Biblioteca católico-propagandista, Erice, Pamplona, 1902.

⁹³ Joaquín Beunza, “La Enseñanza primaria”, en *E. P. N.*, 18-VII-1920.

Cómo escribe Frye: ‘La tragedia es una combinación paradójica de un sentido terrible de rectitud (el héroe debe caer) y de un sentido piadoso del error (es una lastima que caiga)’⁹⁴.

El personaje más característico del ocaso del reino es sin lugar a dudas el Príncipe Carlos de Viana, si bien (y curiosamente) no llega a conocer el desenlace del drama. De hecho, como la muerte de Hamlet entrega Dinamarca a Noruega, su desaparición frustra las últimas esperanzas del reino.

Su historia⁹⁵ viene a ser la siguiente. Tras el fallecimiento de su madre la reina Blanca, en 1441, y merced a las capitulaciones matrimoniales con Juan de Aragón, el Príncipe recibía el derecho a titularse rey de Navarra. Sin embargo la reina pidió en su testamento que la proclamación de su hijo no tuviera lugar sin la aprobación de su padre, el rey consorte. Éste no renunció a la corona y permaneció como monarca, aferrándose al usufructo de viudedad, en una situación jurídica confusa. Momentáneamente el conflicto se solventó con la salida de Juan II para ocuparse de la guerra de Castilla y la asunción de la lugartenencia del reino por parte de Carlos, lo que en la práctica le convirtió en rey de Navarra. En 1444 Juan II contrajo segundas nupcias, lo que puso todavía más en entredicho su derecho al trono. Hacia 1451 la relación entre padre e hijo degeneró en un abierto enfrentamiento civil. Como hemos afirmado anteriormente, los beaumonteses tomaron partido por el Príncipe, mientras que los agramonteses lo hicieron por su padre. Es necesario subrayar que la pugna excedió el ámbito navarro, dado que Carlos de Viana era también heredero de la Corona de Aragón, paradójicamente gracias a que su padre había sido proclamado rey de Aragón en 1458. Tras diversos amagos de reconciliación los partidarios del Príncipe fueron derrotados y éste desterrado. En 1460 desembarca en Barcelona, donde tiene lugar un nuevo intento de conciliación. Sin embargo, al poco tiempo su padre lo manda encarcelar. Liberado merced a un motín popular en 1461 muere ese mismo año, para algunos autores probablemente envenenado.

Resulta llamativo constatar cómo, de manera contraria a lo que sucedía con el bando beaumontés que sostuvo su causa, Carlos de Viana goza de la simpatía general de los escritores navarros de todas las tendencias. Esteban y Chavarría lo tiene por ‘gran

⁹⁴ N. Frye, *op. cit.*, p. 282.

⁹⁵ ‘Historia’ en el doble sentido de *History* e *story*, acepciones entre las que en este caso es especialmente difícil distinguir.

navarro” y “gran español”⁹⁶, “corazón magnánimo”, “cumplido caballero”, “músico hábil, poeta inspirado, lingüista recomendable, historiador distinguido, filósofo profundo, [y] orador persuasivo”⁹⁷. Hermilio de Olóriz subraya también la nobleza de su carácter y su valentía, y lo llama “brador, poeta, literato y filósofo eminente”⁹⁸. Altadill lo califica de “Príncipe Mártir”⁹⁹. Mariano Arigita¹⁰⁰ presta crédito a los milagros que se le atribuyen y destaca que el pueblo catalán lo veneró como San Carlos. Sólo ocasionalmente se le reprocha su rebeldía contra su padre¹⁰¹, mientras que una y otra vez se destaca su prudencia, bondad y erudición. Es significativo a este respecto que tanto la institución como la revista que sustituyen a la Comisión de Monumentos Históricos y su *Boletín* lleven el nombre de “Príncipe de Viana”. Arturo Campión¹⁰², Bernardino de Estella¹⁰³, Lino Munárriz¹⁰⁴ y Víctor Pradera¹⁰⁵, entre otros, lo reconocen como rey de derecho de Navarra, titulándolo Carlos IV. Según García Ezpeleta fue “bueno, culto y desgraciado”¹⁰⁶. De haber conseguido establecerse en el trono, dice Campión, “habría brillado en la Historia con luz deslumbradora”¹⁰⁷.

De manera inversa su padre, Juan II, es unánimemente reputado como un personaje poco sobrado de escrúpulos. Altadill lo llama “el usurpador y el perjuro”¹⁰⁸. A decir de Mañé y Flaquer fue “rencoroso e implacable”¹⁰⁹. Gúrpide lo califica de “ambicioso, violento y belicoso”¹¹⁰. Con ellos coinciden Marichalar y Manrique¹¹¹, Pradera¹¹², Esparza¹¹³ y Campión¹¹⁴, entre otros. Para Zapatero, por último, no siente el

⁹⁶ Juan Esteban y Chavarría, “Navarra por D. Carlos, Príncipe de Viana”, en *La Avalancha*, nº 627, 1921, p. 111.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 112. Corchete mío.

⁹⁸ H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 130.

⁹⁹ J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 125. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, p. 43.

¹⁰⁰ Mariano Arigita, “El Príncipe de Viana”, en *La Avalancha*, nº 119, 1900.

¹⁰¹ Cfr. A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, pp. 84-85.

¹⁰² A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 302.

¹⁰³ B. de Estella, *op. cit.*, p. 107.

¹⁰⁴ L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 118.

¹⁰⁵ V. Pradera, *Por Navarra para España*, *op. cit.*, p. 15.

¹⁰⁶ E. García Ezpeleta, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 27.

¹⁰⁷ A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 316.

¹⁰⁸ Julio Altadill, “Otro retrato del Príncipe de Viana”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913, p. 223.

¹⁰⁹ J. Mañé, *op. cit.*, p. 117.

¹¹⁰ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 257.

¹¹¹ A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, pp. 84-85.

¹¹² V. Pradera, *Por Navarra para España*, *op. cit.*, pp. 16 y ss.

¹¹³ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p.49.

más mínimo afecto por Navarra, en la que sólo ve una fuente de ingresos para sus aventuras militares¹¹⁵.

Bien es cierto que, como hemos advertido, Carlos de Viana es un personaje complejo al que con mucha frecuencia se atribuye un carácter débil y enfermizo. Arturo Campión lo califica de ‘blando e irresoluto’¹¹⁶. Éste último adjetivo se le aplica una y otra vez. Así, para Martínez Erro era ‘de temperamento un tanto enfermizo, gran soñador’ y ‘algo irresoluto’¹¹⁷. Eladio Esparza lo tilda de ‘enfermizo, soñador, intelectual,[e] irresoluto’¹¹⁸. José María Iribarren lo tiene por ‘adolecido, tísico y espiritual’¹¹⁹. Carlos no obtiene el trono porque le falta decisión, porque es demasiado apocado para reclamar lo que en justicia le pertenece. Esta velada acusación aparece en boca de escritores ideológicamente muy distantes. Entre los nacionalistas, Bernardino de Estella dice que ‘el príncipe era de poco carácter’¹²⁰. Entre los navarristas, Julio Gúrpide lo califica de ‘soñador, enfermizo, poeta e irresoluto’¹²¹. Los autores se copian unos a otros alterando levemente el orden de los factores.

La debilidad de carácter del Príncipe Carlos parece haber sido progresivamente resaltada. Poco a poco sus años de lugartenencia pierden relieve y Carlos deviene un ser femenino y sensiblero. Así, el Conde de Rodezno lo retrata como un ‘complejo de ternura, de sentimientos, voluntad tornadiza, temperamento desmayado’¹²². Estos manejos vuelven a nuestro personaje un incapacitado para detentar el trono. A la conjura de la geografía contra el reino se une la notoria invalidez de su heredero y última esperanza. Se trata, en definitiva, de un personaje amable pero que no se encuentra a la altura de las circunstancias:

‘El Príncipe de Viana, educado más para las letras que para las armas, no tenía las condiciones de habilidad para ser un guerrero, ni tampoco un político, por lo

¹¹⁴ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 322 y p. 329.

¹¹⁵ Félix Zapatero, ‘Juan II de Navarra. El ocaso de un reino’, *op. cit.*

¹¹⁶ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 302.

¹¹⁷ J. R. Martínez Erro, *op. cit.*, p. 18.

¹¹⁸ E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 49. El corchete es mío.

¹¹⁹ José M^º Iribarren, *Navarrerías. Album de variedades*, Imp. Bergara, Pamplona, 1944, p. 68.

¹²⁰ B. de Estella, *op. cit.*, p. 108.

¹²¹ J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 256.

¹²² Conde de Rodezno, ‘Prólogo’, en M. Iribarren Paternáin, *El Príncipe de Viana, op. cit.*, p. 7.

que fue vencido por su padrastro [?], hombre duro, violento y excesivamente apasionado.”¹²³

Acentuando esta condición trágica, la tristeza y la fatalidad aparecen como los signos distintivos de su existencia. Así, a decir de Félix Zapatero, Carlos sufre una “vida de amargura y de pesadumbre inenarrables”¹²⁴. Miguel de Saperas lo describe “prisionero de su desgracia”¹²⁵, “como si una mala mano lo condujese por sendas inevitables”¹²⁶.

Manuel Iribarren Paternáin es posiblemente quien de manera más explícita ha concebido la historia de Carlos de Viana a partir de la tragedia. Su vida es, en sus propias palabras, “un drama histórico” que enfrenta en una “pugna irreconciliable” a “dos caracteres antagónicos”¹²⁷. De este modo:

“La vida de Don Carlos de Viana, abocada de continuo a la tragedia, transcurre entre odio y amor, luchas, prisiones, falsas sonrisas, crímenes, boato y miseria, dagas alevés, libros, ponzoña, celos homicidas, sombras inquietantes.”¹²⁸

La biografía que Manuel Iribarren dedicó al Príncipe está llena de interés para nosotros, precisamente en virtud de la dramatización a la que somete a su figura. Iribarren advierte que durante el romanticismo la literatura local hizo de Carlos un personaje de tonalidades shakesperianas. Y él confirma plenamente este retrato:

“Es, en efecto, Don Carlos de Viana, un pequeño Hamlet, vacilante en sus deseos, indeciso en sus determinaciones, débil frente a la adversidad.”¹²⁹

Esta circunstancia afecta también a los padres del Príncipe, a las banderías, que aparecen como el coro, y a aragoneses y castellanos, calificados de comparsa. El autor puede permitirse estos símiles, porque la vida del heredero navarro “tiene mucho de

¹²³ M. Núñez de Cepeda, *Guía completa del País Navarro*, op. cit., p. 35. El autor se equivocaba. Juan era el padre natural de Carlos de Viana. El lapso, con resonancias de cuentos infantiles, es muy significativo.

¹²⁴ Félix Zapatero, “Juan II de Navarra. El ocaso de un reino”, op. cit., p. 128.

¹²⁵ Miguel de Saperas, *Carlos de Viana. Tragedia en cinco actos*, Ed. Leyre, Pamplona 1943, p. 38.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 28.

¹²⁷ M. Iribarren, *Navarra*, op. cit., p. 240.

¹²⁸ M. Iribarren, *El Príncipe de Viana*, op. cit., p. 14.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 13.

poema dramático, de arquitectura teatral”¹³⁰. A este respecto, Iribarren dedica una gran atención a describir el escenario donde se desarrolla la tragedia: un siglo inmoral en el que reina ‘el más solapado maquiavelismo’¹³¹.

‘Padres, hijos y hermanos se traicionaban entre sí. La meta era el poder y el objeto llegar. No importaba cómo.’¹³²

Las coordenadas morales pierden toda claridad en este ambiente, algo que sucede con frecuencia en las tragedias¹³³. Los personajes actúan representando un papel moralmente ambiguo, en la medida en que su contribución se hace precisa para la culminación del drama y la consecución del presente.

‘En la entablada pugna entre padre e hijo, no cabe ya distribuir los papeles del MALO y el BUENO con criterio absoluto.’¹³⁴

La razón asistía a Carlos, es cierto, y Juan retenía el trono sin derecho, pero uno y otro son productos de las circunstancias que desempeñan un cometido histórico.

Significativamente, Iribarren Paternáin subtitula su biografía ‘un destino frustrado’. Carlos de Viana podría haber liderado la unificación de España en virtud de su condición de heredero de Aragón y Navarra y candidato a marido de Isabel de Castilla. Inteligente, ‘enamorado de la cultura’¹³⁵, su figura ‘irradiaba simpatía’¹³⁶. Tiene todo para ser el mejor de los reyes, pero ‘todo parecía concitado contra él’¹³⁷ y su destino aparente resulta quebrado por su destino real. ‘Flaco de voluntad’, ‘irresoluto’, ‘sentimental’, ‘pacifista’, ‘poco ambicioso’¹³⁸. Iribarren abunda en el tópico del carácter del Príncipe, hasta el extremo de hacer de él un caso patológico:

¹³⁰ *Ibidem*, p. 14.

¹³¹ *Ibidem*, p. 17.

¹³² *Ibidem*, p. 18.

¹³³ Cfr. N. Frye, *op. cit.*, p. 278.

¹³⁴ M. Iribarren, *El Príncipe de Viana, op. cit.*, p. 14. Mayúsculas suyas.

¹³⁵ *Ibidem*.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 18.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 48.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 215.

‘Propenso a la melancolía, sus actos y sus vacilaciones nos lo representan hoy como aquejado de neurastenia.’¹³⁹

Todas sus virtudes se convierten en defectos que lo incapacitan para valerse por sí mismo. Sólo en una ocasión se deja contaminar por el ambiente enturbiado e incumple su promesa de respetar a su padre¹⁴⁰. Pero, en lugar de obtener ventaja de ello, resulta definitivamente derrotado. En definitiva, el relato de su vida ‘mueve a compasión’¹⁴¹.

No todos los historiadores han admitido este retrato melancólico y enfermizo del Príncipe de Viana. En realidad, algunas fuentes permiten hablar de un Carlos ambicioso y autoritario, no muy diferente de su denostado padre¹⁴². La clásica biografía de Desvenises du Dezert¹⁴³, de la que nos ocuparemos más adelante, caracteriza acaso un príncipe magnánimo y erudito, pero de ningún modo un personaje paralizado por la indecisión y la melancolía. El Carlos de Viana de Miguel de Saperas¹⁴⁴, aunque adorado por el pueblo, presenta también importantes máculas. Se rebela repetidamente contra su padre, lucha por sus derechos, despilfarra el dinero que le conceden las Cortes y deja varios hijos bastardos.

Posiblemente el autor que más se ha alejado del ser irresoluto y neurasténico descrito por Iribarren sea Jaime Vicens Vives¹⁴⁵. Éste retrata un príncipe renacentista tan falto de escrúpulos como poco sentimental. En su exilio en Nápoles, por ejemplo, no duda en conspirar contra su tío para intentar arrebatarse el trono¹⁴⁶. Sorprendido ante la persistencia de la leyenda, Vives exclama:

¹³⁹ *Ibidem*, p. 214.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 102.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 14.

¹⁴² Los historiadores españoles del siglo XVI, XVII y XVIII se muestran duros con Carlos de Viana. Son los historiadores franceses y los británicos de la órbita de William Robertson quienes ensalzan su figura. Haciéndose eco de estos, la mayoría de los historiadores españoles del XIX lo alaban. Cfr. Antonio Alcalá Galiano- Dc. Dunham, *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham*, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid, 1844, tomo 3, pp. 139-140.

¹⁴³ G. Desvenises du Dezert, *op. cit.*

¹⁴⁴ M. de Saperas, *op. cit.* Ver especialmente el ‘Pórtico’.

¹⁴⁵ Jaime Vicens Vives, ‘Trayectoria Mediterránea del Príncipe de Viana’, en *Príncipe de Viana*, nº 40-41, 1950. En la p. 212 Vives critica abiertamente la biografía de Iribarren por repetir los tópicos de siempre.

¹⁴⁶ Cfr. *Ibidem*. Vicens Vives se basa en el manuscrito 113 de la B. N. de París, citado por Calmette y reeditado por Messer.

“¡San Carlos de Viana! ¿Una ficción o una realidad? No importa. Lo decisivo es el mito.”¹⁴⁷

Al mencionar la existencia de biografías que desdican la imagen del Príncipe que hemos encontrado hasta ahora, nuestra intención no es presentar un Carlos “verídico” frente a su contrapartida “romántica”. Lo que queremos, en primer lugar, es subrayar que el personaje ofrecido por la literatura navarra es una construcción literaria entre otras posibles. Y, en segundo lugar, abrir paso a la tesis de que ese constructo literario ha sido objeto de una serie compleja de operaciones de orden ideológico, de cara a explicar el fin de la independencia de Navarra.

Nuestro interés por la psicología de Carlos de Viana, por tanto, no era ni excesivo ni redundante. De hecho juega un papel fundamental en la explicación de la tragedia del reino. Carlos, en efecto, es para nuestros autores mucho más que un personaje histórico interesante. José Zalba lo llama la “encarnación de la vida de nuestro Reino”¹⁴⁸. Arvizu y Etayo lo erigen en “símbolo, por sus desdichas y dolores, del reino pirenaico”¹⁴⁹. Elías de Tejada, por último, afirma que:

“Carlos de Viana es Navarra, yo diría que la encarnación simbólica de la tradición centenaria de Navarra”¹⁵⁰

Su tragedia, la frustración de su destino, no es sino la propia frustración del destino de Navarra. Con él el Viejo Reyno pierde su gran oportunidad histórica de jugar un papel decisivo en el escenario europeo. Y lo que es más importante: ese destino histórico se frustra no tanto a causa de la acción maligna del Extranjero como por la de los propios navarros, la geografía y la personalidad del heredero. Incapaz de cualquier heroísmo, Carlos de Viana sublima la autocompasión de los nativos por su frustración histórica.

Es preciso poner de relieve que la tragedia del Príncipe malogra varios itinerarios históricos, dependiendo de los autores. Especialmente para los autores navarristas el destino frustrado consistía en haber realizado en torno a Navarra la unidad de España. De haber gozado de más suerte Carlos “hubiera sido el primer rey

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 250.

¹⁴⁸ José Zalba, ‘Páginas de la Historia Literaria de Navarra’, en *Euskalerrriaren alde*, tomo XIV, 1924, p. 349.

¹⁴⁹ J. Etayo y F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 10.

español”¹⁵¹ y la historia de Navarra, en lugar de terminar trágicamente, hubiera continuado siendo gloriosa. Pero su muerte prematura “contraría los designios de la Providencia”¹⁵². A decir de Luis García Rayo, Carlos tenía “el sentimiento de la unidad nacional”¹⁵³. Similarmente Elías de Tejada le atribuye el proyecto de la unidad peninsular.

‘Carlos de Viana fracasa en realizar bajo su cetro la misma unión hispánica que [...] va a cumplir su hermano menor, el más afortunado Fernando.’¹⁵⁴

Los autores nacionalistas suelen ignorar o poner en segundo término estos proyectos matrimoniales. Con todo, la idea de un Príncipe que hubiera frustrado, no una vía alternativa hacia la unidad peninsular, sino la independencia de Navarra apenas parece haberse insinuado.

El cuento del euskaro Arturo Campión “La visión de Don Carlos”¹⁵⁵ es uno de los textos donde se sugiere una lectura más nacionalista del Príncipe. Éste, que por otros textos sabemos que “amó tiernamente a Navarra”¹⁵⁶, contempla en sueños cómo el reino cae desgarrado por la guerra civil. Castellanos y franceses se preparan para repartírselo. Eso le hace dudar sobre la conveniencia de levantarse en defensa de sus derechos. El patriotismo, y ya no la debilidad, guían su conducta.

El propio lema del “*utrinque roditur*” que Carlos adopta como divisa es citado a menudo para lamentar el destino al que abocan a Navarra las divergencias internas. Con ello, siquiera de forma indirecta, su tragedia ha servido para fomentar la necesidad una política exclusivamente local.

Desvenises du Dezert¹⁵⁷ ofreció una lectura alternativa del Príncipe, aunque sin apenas eco en la cultura local. En su opinión, Carlos de Viana lideró el proyecto de una España fuerista y norteña. Durante su lugartenencia en Navarra, por ejemplo, “se

¹⁵⁰ Francisco Elías de Tejada, “La literatura política en la Navarra medieval”, *op. cit.*, p. 212.

¹⁵¹ J. Esteban, “Navarra por D. Carlos”, *op. cit.*, p. 112.

¹⁵² L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 118.

¹⁵³ Luis García Rayo, “Javier, el Gran Almirante de la flota misionera hispánica”, *A.E.*, 3-XII-1952, p. 13.

¹⁵⁴ F. Elías de Tejada, “La literatura política en la Navarra medieval”, *op. cit.*, p. 212.

¹⁵⁵ Arturo Campión, “La Visión de D. Carlos. Príncipe de Biana”, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.* Original de 1882.

¹⁵⁶ A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 333.

¹⁵⁷ G. Desvenises du Dezert, *op. cit.* Es curioso anotar que Desvenises también atribuye al Príncipe un carácter literario. En concreto dice que presenta “*des caracteres d’un roman d’aventures*”, y que “*les coups de théâtre y sont fréquents*” (*Ibidem*, p. 423).

muestra un observador escrupuloso de la ley, un fiel guardián de las libertades nacionales”¹⁵⁸. De este modo,

‘Por su alta idea del derecho, por su amor a la paz, por su respeto de la legalidad, el príncipe de Viana merece ser considerado como el último príncipe de la España fuerista.’¹⁵⁹

Sin embargo Carlos muere y la Castilla conquistadora y centralizadora tiene el camino despejado para lograr la hegemonía peninsular, impidiendo el desarrollo de una España norteña¹⁶⁰.

Cuando se publicó la biografía de Desvenises en 1889 la lectura melancólica de Carlos de Viana estaba ya asentada entre los euskaros, que la transmitirían a nacionalistas y navarristas. Para los primeros el Carlos de Desvenises era demasiado peninsular y aragonés. Para los segundos, por el contrario, era demasiado anticastellano. Más adelante acaso sólo los carlistas, a cuyos reyes Desvenises hacía sucesores ideológicos del Príncipe¹⁶¹, hubieran podido recoger esta lectura alternativa, pero no lo hicieron y la versión melancólica de Carlos continuó vigente.

Es preciso no perder de vista la debilidad de nuestro personaje a la hora de examinar su posición respecto a las tramas del *saltus* y del *ager Vasconum*. Carlos de Viana se inclina visiblemente hacia la segunda, puesto que aparece como un agente frustrado para la unión peninsular. Sólo en algunos momentos se insinúa una lectura más aislacionista. De cualquiera de las dos maneras, el Príncipe carece de fortaleza para convertirse en un héroe épico. La simpatía compasiva que ha merecido adelanta la conformidad nostálgica de la mayor parte de los escritores navarros ante la pérdida de su independencia hace cuatrocientos años.

¹⁵⁸ “*Son gouvernement en Navarre montre en lui un observateur scrupuleux de la loi, un gardien fidèle des libertés nationales*” (*Ibidem*, p. 430).

¹⁵⁹ “*Par sa haute idée du droit, par son amour pour la paix, par son respect de la légalité, le prince de Viana mérite d’être considéré comme le dernier prince de l’Espagne fuériste.*” (*Ibidem*, p. 431).

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 431.

¹⁶¹ *Ibidem*.

El drama de la conquista¹⁶².

Anteriormente se ha afirmado que en una cultura hecha de tópicos y ambigüedades como la navarra el estatuto del autor -como “autoridad” y como “creador”- quedaba en entredicho. A causa de ello hemos hecho recaer el peso de nuestro análisis no tanto en obras individuales como en dos tramas anónimas y nunca completamente escritas. Como se ha repetido en páginas anteriores, la presencia de las tramas no se corresponde precisamente con el *locus* político, aunque pueda detectarse una sintonía progresiva. El *saltus* no representa el nacionalismo y el *ager* no se encarna exclusivamente en el navarrismo. A menudo ambas tramas cohabitan con frecuencia en unos mismo autores e incluso dentro de unos mismos textos.

En el caso de los relatos de la conquista del reino esa impresión de ambigüedad es muy marcada. Tanto que, si nos dejamos guiar por referencias políticas actuales, nos encontraremos continuamente perplejos. Escritores cercanos a la extrema derecha discuten la legalidad de la conquista, generales del ejército español reivindican con vehemencia a quienes trataron de recuperar la independencia de Navarra, autores próximos al nacionalismo ofrecen argumentos en favor de una lectura hispanista.

Esta ambigüedad hace que, a la vez que plagadas de tópicos, las lecturas de la conquista aparezcan al análisis como incompletas. Exceptuando unos pocos puntos, como el de la legalidad de las bulas, donde la opinión suele estar relativamente formada, las historias de la anexión de Navarra adolecen de una manifiesta falta de precisión. Quienes se sienten españoles no saben exactamente cuándo los defensores de Foix-Albret comienzan a ser meros franceses¹⁶³. Por su parte, los nacionalistas dudan de si los últimos reyes eran verdaderos navarros o simples extranjeros. Euskaros destacados como Iturralde, Campión y Altadill permanecen en una actitud confusa. Critican con dureza la invasión, pero cuando se les fuerza a expresarse sobre el separatismo lo rechazan. Todo ello hace del tema de la conquista un magnífico escenario para examinar la ambigua dialéctica propia de la cultura local.

Podemos observar la presencia de dos posturas extremas en este tema. Una, la de quienes aprueban la conquista, y otra, la de quienes la rechazan. La primera se acercaría manifiestamente al *ager* mientras que la segunda se decantaría por el *saltus*. Entre ambas opiniones encontramos el amplio terreno de quienes critican los modos de la

¹⁶² A. Campión, en *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 465.

¹⁶³ El caso de Javier de Ibarra puede servir de primer ejemplo de esta desorientación. Cfr. [J. Ibarra], *Un navarro, Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.* El autor se muestra favorable a los últimos reyes de Navarra. Su hijo, sin embargo, ya es tildado de “supuesto Rey” (*Ibidem*, p. 38).

anexión pero aprueban, aunque sea a regañadientes, su resultado final. Esta actitud ha sido la más frecuente entre navarristas y euskaros.

Los diversos relatos de la conquista suelen frecuentar una misma serie de lugares comunes. Como es lógico, lo hacen dentro de un discurso articulado, entrelazando uno con otro, pero para nuestros fines seccionaremos este continuo para poder comparar una a una sus diversas versiones.

Antes de entrar en materia acaso sea necesario resumir los principales acontecimientos de la invasión castellana. Hacerlo sin comprometerse en alguna medida con alguna de las lecturas que nos disponemos a analizar no es una tarea factible. Ni siquiera la aséptica enumeración de los acontecimientos nos proporcionaría un relato neutro, puesto que la propia existencia de aquéllos conlleva ya una toma de partido. Conscientes de ello, las líneas siguientes sólo tienen como propósito recordar al lector una historia de la anexión, sin pretender ofrecer la verdad histórica¹⁶⁴. Es posible que, dadas las fuentes que hemos utilizado como base¹⁶⁵, nuestro resumen se escore en mayor medida por cierta lectura de la invasión. No obstante, el análisis que sigue al resumen histórico debería compensar esa posible inclinación ideológica. Vaya por delante la advertencia.

La ocupación de Navarra tuvo lugar en 1512, durante el reinado de Catalina de Foix y Juan de Albret. Castilla, que como componente de la Liga Santísima se disponía a invadir la Guyena, exigió a Navarra una serie de garantías para asegurar su neutralidad. Los reyes de Navarra no aceptaron esas exigencias, con lo que pretextando una alianza entre Francia y Albret, las tropas del duque de Alba, con la ayuda de algunos caballeros navarros como el conde de Lerín, penetraron en Navarra hacia el 20 de julio de ese año. La resistencia fue escasa y la conquista se completó en unos meses, aunque ya en 1513. Los monarcas navarros debieron retirarse a sus estados del Bearne. La invasión de la Guyena nunca llegó a producirse. En principio Fernando se tituló depositario del reino, pero en un manifiesto publicado hacia el 24 de agosto de 1512 se

¹⁶⁴ Que ésta sea posible o no tampoco entra dentro de nuestros objetivos.

¹⁶⁵ En concreto a Arturo Campión y su escrito "La excomunión de los últimos Reyes legítimos de Navarra", *op. cit.*; P. Boissonade, *op. cit.* José M^a Lacarra, *Historia Política del Reino de Navarra, op. cit.*, vol. 3, pp. 423 y ss. Puede compararse el resumen siguiente con otras historias de la conquista. Una especialmente procastellana es la de Luis Suárez Fernández, *Fernando el Católico y Navarra. El proceso de incorporación del Reino a la Corona de España*, Rialp, Madrid, 1985. Una alternativa interesante es la discutida lectura realizada por Jon Oria en su libro *Últimos Reyes de Navarra. De Gastón IV a Margarita de Valois*, Mintzoa, Iruña, 1994. María del Puy Huici Goñi ofrece una somera bibliografía crítica en *En torno a la conquista de Navarra, op. cit.* Otra bibliografía más completa puede encontrarse en Francisco J. Sierra Urzais, "La conquista de Navarra: Estudio bibliográfico desde el siglo XVI al XX", en J. Jimeno Jurío et al., *475 Aniversario de la Conquista de Navarra*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1989. Tiene

nombra ya rey de Navarra¹⁶⁶. En marzo de 1513 las Cortes de Navarra juraron fidelidad a Fernando como rey. Dos años más tarde, en 1515, las Cortes de Burgos sellaron la anexión a la Corona de Castilla.

Fernando esgrimió tres bulas para conquistar y retener Navarra, todas expedidas supuestamente por Julio II a propósito del Cisma de Pisa, que patrocinó Luis XII de Francia con objeto de deponer al Papa. Esto nos introduce ya en el análisis de los relatos de la invasión.

En torno a la autenticidad y validez de dichas bulas han tenido lugar discusiones tan eruditas como apasionadas.

Las dos primeras se expidieron el mismo día, el 21 de julio de 1512. Se las denomina, como es habitual, con sus primeras palabras, “*Pastor ille coelestis*” y “*Etsi ii qui christiani*”. En ellas se amenaza con la excomunión a quienes apoyen a los cismáticos de Pisa. Ninguna nombra directamente a los monarcas navarros, como tampoco se publicaron en las iglesias navarras, como era habitual si una excomunión se refería a alguno de sus ciudadanos. La tercera bula, conocida como “*Exigit contumacium*” es la que ha provocado un mayor número de discusiones. Llama a los reyes Juan y Catalina ‘hijos de perdición’, los excomulga y otorga sus territorios a quien primero los ocupe. Durante un tiempo se discutió la existencia de la “*Exigit*”, pero los historiadores Ortiz Sanz y Boissonade dieron con ella. Esta bula lleva fecha de 18 de febrero de 1512.

Los historiadores navarros más representativos anteriores a nuestro período de estudio han negado la excomunión de los reyes navarros, a menudo negando la existencia de las bulas. Según J. J. Markinez¹⁶⁷ son los autores franceses del XVIII, como Olhagaray, Rousset y Mezeray, quienes comienzan a negar la legalidad de la anexión. Este rechazo ha sido general a la segunda mitad del XIX y la primera del XX. Todavía en 1877 Anacleto García Abadía afirma en la Universidad Central que la bula simplemente no existe¹⁶⁸. Otros escritores contemporáneos como Olóriz¹⁶⁹ han admitido la existencia de, al menos, una bula pero han negado su autenticidad. Manrique y

también interés V. Vázquez de Prada, “Conquista e incorporación de Navarra a Castilla”, en VV. AA., *Cuestiones de historia moderna y contemporánea de Navarra*, op. cit.

¹⁶⁶ Cfr. José M^a Lacarra, *Historia política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, op. cit., vol. 3, pp. 423 y ss.

¹⁶⁷ José J. Markínez Hermoso de Mendoza, *Catalina de Foix (1483-1517)*, Mintzoa, Iruña, 1987, p. 299.

¹⁶⁸ A. García Abadía, op. cit., p. 23.

¹⁶⁹ H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, op. cit., p. 24.

Marichalar sostienen abiertamente la falsificación de la “*Exigit*” y añaden que, en todo caso, Julio II tampoco tenía derecho a promulgarla¹⁷⁰. Similarmente se pronuncia Jesús Etayo, quien califica la conquista de “usurpación”¹⁷¹. Bernardino de Estella¹⁷² piensa que Fernando abusó de la religiosidad de los navarros, haciéndoles creer que la bula “*Pastor illae coelestis*” se refería a ellos, cuando en realidad eran neutrales ante Francia. En lo que se refiere a la “*Exigit contumatum*” la tilda de “indigna falsificación”¹⁷³.

¿En qué se basan estos autores? Hasta finales del XIX no resulta exagerado afirmar que se fían de lo escrito por historiadores anteriores como Alesón. Sin embargo, durante el último cuarto del XIX el panorama historiográfico cambia sustantivamente. De entrada, en 1878, Mañé y Flaquer¹⁷⁴ anuncia haber escrito al Archivo Vaticano preguntando por la bula “*Exigit*”. La respuesta ha sido negativa: la bula no se encuentra registrada en Roma. En 1894 Boissonade¹⁷⁵ publica su historia de la invasión. Se trata de una obra profrancesa, pero que reúne una gran documentación y que ofrece la posibilidad de varias interpretaciones. Boissonade afirma haber dado con la bula en Simancas, pero cree que es falsa. Después de haber leído la obra de Boissonade, Campión publica en 1899 su estudio sobre “La excomunión de los últimos reyes de Nabarra”¹⁷⁶. Esta obra abre paso a otros trabajos sobre el tema y, aunque con las modificaciones posteriores, se ha erigido en un texto doctrinario para quienes han criticado la conquista.

Campión admite la existencia de las bulas “*Pastor ille coelestis*” y “*Etsi ii in christiani*”, pero objeta que no constituían títulos suficientes para proceder a la invasión, puesto que ni mencionan directamente a Navarra ni a sus monarcas. En concreto, la más explícita de ellas, la “*Pastor*”, se refería genéricamente a “vascos y cántabros”¹⁷⁷ y no a los “navarros”, nombre de uso general en aquella época. En segundo lugar, la promulgación de la bula no respetó los cauces legales, de manera que quedaban invalidadas por procedimiento de forma. En tercer lugar, las bulas no se comunicaron a

¹⁷⁰ A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, pp. 84-85.

¹⁷¹ J. Etayo, “Algunas interpretaciones y glosas”, en Gurrea ed., *op. cit.*

¹⁷² B. de Estella, *op. cit.*, p. 115.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 116.

¹⁷⁴ J. Mañé, *op. cit.*, p. 86.

¹⁷⁵ P. Boissonade, *op. cit.*

¹⁷⁶ A. Campión, “La excomunión de los últimos Reyes de Nabarra”, *op. cit.*

¹⁷⁷ Textualmente “*praesertim Vascos et Cantabros, eisq̄ circumvicinam gentem*”. La bula se encuentra transcrita en V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, p. 413. Por cierto que la bula “*Exigit*”, reproducida también por Pradera, utiliza la misma formulación (*Ibidem*, p. 417).

los reyes, como era obligado. En cuarto lugar, si con las bulas se quería acusar a los reyes de Navarra de aliarse con un cismático, los cargos eran falsos, ya que el rey francés no fue declarado cismático hasta agosto de 1512 (y en rigor, simplemente puesto en entredicho). Los reyes navarros no podían ser cómplices de Luis XII porque éste todavía ni siquiera era culpable. Por último, las bulas llegaron a Fernando cuando la conquista estaba ya muy avanzada, si no próxima a su fin. Según Campión, Fernando era consciente de ello, así que procuró obtener “mañosamente” una tercera bula que justificase su conquista.

Esta tercera bula, claro está, es la “*Exigit*”. Campión le niega toda validez por los siguientes motivos: 1.- La bula está datada el 18 de febrero de 1512 y como décimo año del pontificado de Julio II. Sin embargo no era el décimo, sino el nono. Esto probaba que Fernando había falsificado el documento. 2.-La bula no podía ser de febrero de 1512 porque el 21 de junio de ese año el Papa se dirigía a los reyes de Navarra en términos afectuosos. 3.- Como había probado Mañé, la bula ni figura en el Archivo Apostólico Vaticano ni en los bularios. 4.- Con la finalización del cisma de Pisa y la reconciliación de Francia y el Vaticano se levantó la excomunión sobre los cismáticos. El propio Luis XII fue absuelto “*ad cautelam*”¹⁷⁸. Sin embargo, los reyes de Navarra no figuran entre los perdonados y es notorio que continuaron dentro del seno de la Iglesia, sin que en ningún momento se les negaran los sacramentos. Esto indica que nunca fueron excomulgados, como ellos mantuvieron siempre.

Víctor Pradera mantuvo con Campión una dura discusión en torno a este asunto. A su modo de ver la conquista no sólo había tenido efectos beneficiosos para Navarra sino que también había sido perfectamente legal, puesto que las bulas citadas eran completamente válidas. Los reyes de Navarra estaban aliados con un príncipe cismático y como tales merecieron la desposesión de sus estados. Quienes como Campión habían negado con tanta firmeza la validez de la “*Exigit*” en realidad no la habían visto nunca. Esto se evidenciaba porque cuando Boissonade dio con ella en Simancas copió mal el encabezamiento y en lugar de “*Exigit contumacium*” escribió “*Exigit contumaciam*”. Campión copió a su vez a Boissonade, repitiendo la errata. Altadill, Etayo, Aranzadi, etc., reprodujeron el error. Esto no hubiera sido especialmente lesivo para Campión de

¹⁷⁸ Esto significaba que no se le tenía por excomulgado, y que se le absolvía por precaución, para que no quedara ninguna duda.

no ser porque en su ‘Nabarra en su vida histórica’¹⁷⁹ había sugerido que extractaba el contenido de la bula del original. El Maestro, afirmó divertido Pradera, era el verdadero falsario, no Fernando V.

Pero el *quid* de la cuestión no residía aquí sino en la fecha de la bula. Según proclamó Pradera, el 18 de febrero de 1512 era, pese a todas las apariencias, una fecha posterior a julio de 1512. ¿Cómo es posible? Sencillamente porque en la Edad Media se compaginaban varios tipos de datación, además del calendario vulgar o juliano que conocemos ahora. Así, existían un cómputo pisano y otro florentino. Este último comenzaba a datar la era cristiana a partir de la Encarnación de Cristo, el 25 de marzo. Sus años iban por tanto de 25 de marzo a 24 de marzo. Pues bien, continúa Pradera, lo que sucede es que Julio II dató la “*Exigit*” de acuerdo al calendario florentino. De este modo el 18 de febrero de 1512 corresponde al 18 de febrero de 1513 según la computación vulgar, esto es, el décimo año del pontificado de Julio II.

Pradera admitía que Fernando no tenía una bula nominativa para desposeer a los reyes de Navarra. Pero en principio, argumentó, sólo se tituló “depositario” del reino. Más tarde, con la excomunión en la mano y después de que las propias Cortes le juraran rey, decidió quedarse con la corona.

En lo que se refiere a la “*Pastor*”, Pradera señaló que el apelativo “*cantaber*” que utilizaba no era en absoluto desconocido. De hecho, y como el propio Campión había dicho, San Francisco Javier, a la hora de consignar su nacionalidad en la Universidad de la Sorbona, figuraba como “*cantaber*”.

Aunque Campión nunca reconoció que Pradera le hubiera alcanzado con algunos de sus dardos, lo cierto es que a partir de la polémica matizó sensiblemente sus afirmaciones¹⁸⁰. De entrada admitió implícitamente que el verdadero nombre de la bula era “*Exigit contumacium*”¹⁸¹. En segundo lugar, adujo que la posible datación florentina, aunque factible, era imposible de demostrar y que Julio II no la había utilizado en otros documentos. En cualquier caso estaba claro, incluso en opinión de Pradera, que la bula era de 18 de febrero de 1513 y que, por tanto, era posterior a la conquista. En

¹⁷⁹ Cfr. la nota a pie de página a la versión de ‘Nabarra en su vida histórica’ en J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 495. Curiosamente el propio Pradera se equivocó al copiar la página donde Campión presumía de haber manejado el original y remitió a la página 405 del texto de Campión.

¹⁸⁰ Así, la segunda edición de ‘Nabarra en su vida histórica’ alteraba algunos pasajes de la primera. Por ejemplo deja de llamar a la bula “*Exigit contumaciam*”, para referirse a ella simplemente como “*Exigit*”. Además cambia la expresión ‘la falsedad de la fecha’ (ed. de Altadill, *op. cit.*, p. 495) por ‘la inexactitud de la fecha, a la vista de la calendación vulgar’ (ed. de 1929, p. 443). Sería excesivamente prólijo reseñar todos los cambios habidos.

¹⁸¹ Como curiosidad se puede anotar que J. del Burgo mantiene la designación de “*Exigit contumaciam*” (*Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 568).

consecuencia, afirmó Campi3n, el Cat3lico primero hab3a ocupado Navarra y luego hab3a conseguido hacerse con una bula que avalara su violencia, veros3ilmente por medios no muy 3ticos. Por lo dem3s, llam3 la atenci3n sobre el hecho de que a los principales historiadores espa3oles, como Mariana, Sandoval, Zurita y Garibay¹⁸², se les escapara esta dataci3n florentina del documento y lo atribuyeran a 1512. Posiblemente Fernando, engañando sin mentir, hab3a hecho creer a los navarros que dispon3a de t3tulos para la conquista, ocultando la verdadera fecha de la bula. El Papa, explic3 Campi3n, muri3 tres d3as despu3s de promulgada la “*Exigit*”. El 18 de febrero de 1513 agonizaba entre graves fiebres, de manera que es m3s que dudoso que la firmara conscientemente. A esto habr3a que a3adir que para mediados de 1513 el Cisma de Pisa hab3a finalizado y que incluso los propios cardenales cism3ticos fueron reintegrados. S3lo el rey de Navarra continu3 pagando por un crimen que no hab3a cometido. Por 3ltimo, era muy sospechoso que los herederos de Fernando no hubieran esgrimido la bula y que 3sta casi hubiera sido escondida. “La ocupaci3n de Nabarra”, concluy3 el pol3grafo pamplon3s, “fue un acto de pirater3a internacional llevado a cabo sin t3tulo justo o injusto, aut3ntico o ap3crifo”¹⁸³.

Aunque las tesis de Pradera recibieron el espaldarazo de la Academia de la Historia, parece que no gozaron de excesivo predicamento en Navarra hasta pasados unos cuantos a3os. La *Peque3a historia del Reino de Navarra*¹⁸⁴ de Eladio Esparza es uno de los pocos textos locales que da por ciertos, sin dejar un m3nimo resquicio a la duda, los t3tulos invocados por Fernando:

‘Patentes la autenticidad del Monitorio de Julio II ‘Pastor in coelestis’ de 21 de julio de 1512 y de la famosa Bula ‘Exigit contumatum’ de 18 de febrero, el motivo religioso alegado por el Cat3lico para conquistar Navarra adquiere todas las garant3as de la verdad y queda incommoviblemente asentado.’¹⁸⁵

Igual de rotundo se expresa el padre Enrique Ascunce en su biograf3a de I3igo de Loyola¹⁸⁶.

¹⁸² Campi3n recoge la postura de estos respecto a las bulas y su confusi3n, en ‘M3s reflexiones sobre la bula Exigit y m3s pormenores sobre la conquista de Nabarra’, en A. Campi3n, *Euskariana. S3ptima serie, op. cit.*, pp. 313 y ss.

¹⁸³ A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 441.

¹⁸⁴ E. Esparza, *Peque3a historia, op. cit.*

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 109. Cfr. con el tono igualmente tajante, pero de signo contrario, de B. de Estella, *op. cit.*, p. 116: ‘Ning3n historiador moderno lo tiene como aut3ntico de Julio II, sino que para todos es una indigna falsificaci3n’.

¹⁸⁶ E. Ascunce, *op. cit.*, p. 18.

Frente a ellos, muchos autores afectos a los resultados de la conquista han negado con mayor o menor contundencia la validez de las bulas. Esta postura ha sido muy común en Navarra, creando un estado de opinión notablemente confuso. Hay que advertir que esa ambigüedad es incluso anterior a la época en que comienza nuestro estudio. Así Yanguas y Miranda, después de negar la excomunión de los reyes, declara que, “después de 300 años de una posesión sancionada mil veces por la voluntad expresa de los mismos navarros”¹⁸⁷, la legitimidad parece indiscutible. Y en lo que constituye una muestra paradigmática de ese criterio tan habitual en la cultura navarra, sentencia:

“Todo lo que sea separarse de este sendero es internarse en un laberinto de dificultades peligrosas. ¡Cuántas ilegitimidades se encontrarían en el discurso de los tiempos pasados!”¹⁸⁸

La postura expresada años después por Manrique y Marichalar es muy parecida. A su modo de ver, la ocupación de Navarra es reprobable “bajo el aspecto moral, [...] pero si se considera políticamente, debemos aprobarla”¹⁸⁹. También Mañé y Flaquer¹⁹⁰ y Olave¹⁹¹ rechazan los medios de la anexión, aunque aprueban su fin.

Con posterioridad, la legalidad de la conquista ha continuado siendo contestada con cierta frecuencia, incluso desde el navarrismo. Juan Esteban y Chavarría califica de “usurpación” el “injusto derrocamiento de la dinastía legítima”, pero se apresura a añadir que “trajo un bien a la patria”¹⁹². Goñi Gaztambide¹⁹³, en tiempos más cercanos, critica también los medios por los que se verificó la anexión. Manuel Iribarren afirma en 1956 que la “*Exigit*” es de “autenticidad sospechosa”¹⁹⁴. Con todo, y dando muestras de un sentido histórico muy similar al de Yanguas, concluye:

¹⁸⁷ J. Yanguas y Miranda, ‘Prólogo’ a Luis Correa, *op. cit.*, p. 45.

¹⁸⁸ *Ibidem*.

¹⁸⁹ A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 110.

¹⁹⁰ J. Mañé, *op. cit.*, pp. 93-94.

¹⁹¹ S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, pp. 197 y ss.

¹⁹² J. Esteban y Chavarría, ‘Rasgos de la patria’, en *La Avalancha*, nº 626, 1921, p. 94.

¹⁹³ Cfr. José Goñi Gaztambide, *op. cit.*, tomo III, p. 89. El autor se apoya en la opinión de Antonio Ballesteros.

¹⁹⁴ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 257. Cfr. “Aunque la incorporación de Navarra a la unidad nacional se consumó, tras no pocas vicisitudes y luchas, mediante subterfugios e intrigas diplomáticas, es lo cierto que el pueblo navarro acogió el hecho histórico con entusiasta fervor.” (*Ibidem*)

‘La anexión de Navarra a la unidad española no precisa que se legitime con títulos históricos y alegatos. Se justifica por sí sola y lo confirman los acontecimientos posteriores.’¹⁹⁵

A este respecto es sintomático que otros autores favorables a los resultados de la conquista, como Julio Nombela¹⁹⁶, Nadal de Gurrea¹⁹⁷ y Arvizu y Aguado¹⁹⁸, hayan preferido explícitamente sobreseer el espinoso asunto de las bulas, legitimando la anexión por medio de argumentos diversos, como los derechos de Fernando al trono como vástago de Juan II o la proclamación de las Cortes de 1513. El propio Conde de Rodezno deja translucir su escepticismo ante la excomunión, aunque sin pronunciarse definitivamente¹⁹⁹. Más adelante hace suyo el parecer del doctor Azpilicueta: la ocupación fue injusta pero muertos los reyes sería ‘imprudente’ remover querellas²⁰⁰.

Es igualmente interesante, aunque sea difícil saber hasta qué punto resulta significativo, que, frente al tono comprometido de los autores más críticos con la conquista, algunos autores navarristas hayan optado por un estilo significativamente aséptico. En estos casos la anexión de Navarra se relata sin dramatismo, sin etiquetas morales, con un aire de imparcialidad y una brevedad muy llamativas. Así, los relatos de Gúrpide²⁰¹, Martínez Erro²⁰² y Núñez de Cepeda²⁰³, apenas sí mencionan el problema de las bulas y ventilan la conquista en unas pocas líneas, sin expresar su propia opinión.

En realidad, la posible excomunión de los reyes no parece constituir un argumento demasiado sólido en favor de la anexión. Difícilmente un Estado moderno puede fundar su unidad en una bula pontificia. Tal vez por ello la mayoría de los autores navarristas ha preferido apelar al ‘destino manifiesto de Navarra’. Uno de los más entusiastas defensores de esta teoría es el propio Víctor Pradera. De entrada, Pradera

¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 261.

¹⁹⁶ J. Nombela, *op. cit.*, 94.

¹⁹⁷ J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 294: ‘Esta circunstancia hizo envolver en la acusación de fautor del cisma al Rey Don Juan, y dio un muy poderoso y especioso título a las armas del Rey Católico, que podía alegar otros más antiguos y más razonables que ya habían alegado sus progenitores de Aragón, y él tenía fuerzas para hacerlos valer.’

¹⁹⁸ F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 37: ‘[...] conviene señalar la circunstancia de que los últimos Reyes de Navarra lo fueron de derecho aun después de realizada la conquista [...]. Únicamente [...] concluyó jurídicamente su soberanía cuando las Cortes de Burgos dieron forma legal a la anexión de Navarra en 1515.’

¹⁹⁹ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 18.

²⁰⁰ *Ibidem*, pp. 20-21.

²⁰¹ J. Gúrpide, *Navarra foral, op. cit.*, p. 66. Idem en J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 264.

²⁰² J. R. Martínez Erro, *op. cit.*, p. 18.

²⁰³ M. Núñez de Cepeda, *Guía, op. cit.*, p. 35.

niega que Navarra haya sido nunca una nación “en el sentido propio de la palabra”²⁰⁴. Tampoco Castilla o Aragón lo eran. Los reinos peninsulares eran el resultado de la fragmentación producida por la invasión árabe; pero su rumbo político les conducía a la unidad, a una España que, incluso antes de 1492, sí era una nación. En consecuencia,

“[...] Navarra no fue un pueblo absorbido sino un miembro añadido a la confederación castellano-aragonesa, para integrar, por encima de los reinos parciales, el Reino de España, el Reino de la Patria, según los términos del gran Monarca navarro Sancho III el Mayor.”²⁰⁵

En definitiva, Pradera hace a Navarra española *antes de la conquista*. Con este argumento la invasión pierde toda importancia, pasando a ser un simple ajuste durante el cual unos reyes intrusos y cismáticos son sustituidos por los católicos y naturales reyes españoles²⁰⁶.

El diplomático tolosarra José M^a Doussinague acude a los mismos argumentos en su justificación de la ocupación castellana:

“De hecho Navarra era española por su situación geográfica y por su idioma, así como por su antigua tradición y por el alma de su pueblo. Pero sobre este fondo de españolismo general e indudable, se había superpuesto la estructura de los órganos de gobierno y de la realeza, que no miraban sino a Francia y no pensaban sino en francés.”²⁰⁷

Quienes han cuestionado la legalidad de la conquista a menudo han dirigido sus baterías contra la figura de Fernando el Católico. Es sobradamente conocida la admiración por este monarca de buena parte de la historiografía española, de modo que

²⁰⁴ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios*, *op. cit.*, p. 354.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 382. Pradera citaba en su ayuda a Boissonade, quien había escrito que “*La victoire des Espagnols n’était donc pas celle d’une nation sur une autre nation. Elle n’eut d’autre résultat que l’expulsion de princes plus français qu’espagnols. Il n’y avait rien de changé en Navarre, rien qu’une dynastie de plus.*” (P. Boissonade, *op. cit.*, p. 562).

²⁰⁶ Cfr. F. Menéndez Pidal, “La muerte de Francisco Febo, Rey de Navarra”, en *Príncipe de Viana*, n° 58, 1955, p. 42: “Los reyes de las últimas dinastías se sentían, indudablemente, un poco extranjeros en la Navarra española”. Cfr. V. Pradera, *Fernando el Católico*, *op. cit.*, p. 56: “la tendencia pura y netamente nacional, que era la de unirse a España, se vio contrariada por sus reyes no nacionalizados o desnacionalizados.”

²⁰⁷ José M^a Doussinague, *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946, p. 324. Cfr. L. García Rayo (*op. cit.*, p. 13) también advierte una “incompatibilidad manifiesta entre unos monarcas que hablaban francés y un pueblo que hablaba español, entre unos reyes excomulgados y un pueblo sinceramente adicto a la Santa Sede, entre una dinastía que miraba a Francia y un pueblo que sentía a España.” Similar es la argumentación de Eladio Esparza en su libro *Hubo Pirineos o entre Juanas anda el Reino*, Gómez, Pamplona, 1950, p. 56.

las críticas de los escritores navarros han sonado especialmente provocativas. Así, para el euskaro Lino Munárriz, Fernando invade Navarra “sin más razón que el llamado derecho de conquista, y con tan poca sinceridad como los tres Alfonsos que le precedieron en la desmebración del antiguo reino de los vascos”²⁰⁸. Arturo Campión le llama “gran maestro en mentiras”²⁰⁹ y “ladrón”²¹⁰. No sólo falsificó la “*Exigit*” sino también otra bula para poder casarse con su prima Isabel²¹¹. Está justificado, por tanto, llamarle “Fernando el Falsario”²¹². “Los cimientos de la unidad monárquica española”, concluye, “fueron la revolución y la conquista”²¹³.

Según el propio Campión²¹⁴, secundado en este punto por Olóriz²¹⁵, Gúrpide²¹⁶ e Iribarren Paternáin²¹⁷, entre otros autores, Fernando el Católico no sentía en absoluto la idea de España. Su proyecto no era completar la unidad peninsular, como han repetido sus defensores. En realidad, era un “separatista”²¹⁸, puesto que planeaba dejar en herencia Navarra y Aragón al hijo que esperaba tener con Germana de Foix. Sólo cuando vio que no podría tenerlo desistió de este proyecto y anexionó Navarra a Castilla.

Hermilio de Olóriz se muestra todavía más duro con el Católico. En su opinión, nada más inapropiado que el sobrenombre que le ha atribuido la historia, “pues nadie tuvo en menos la religión cristiana”²¹⁹. Mintió a los reyes navarros diciéndoles que sólo deseaba atacar Bayona²²⁰. Ni siquiera puede decirse que retuviera Navarra en virtud de una guerra justa, porque se valió de engaños para evitar que los navarros combatieran. Por todo ello:

²⁰⁸ L. Munárriz, *Historia de Navarra*, op. cit., p. 141.

²⁰⁹ A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, ed. cit. en Altadill, *Geografía general*, op. cit., p. 498.

²¹⁰ A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, ed. cit. de 1929, p. 453.

²¹¹ A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., p. 415. Cfr. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, op. cit., p. 51.

²¹² A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., p. 427.

²¹³ *Ibidem*, p. 420.

²¹⁴ *Ibidem*, pp. 366 y ss. y 507 y ss.

²¹⁵ H. de Olóriz, *Resumen histórico*, op. cit., p. 159.

²¹⁶ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, op. cit., p. 264.

²¹⁷ M. Iribarren, *Navarra*, op. cit., p. 82.

²¹⁸ A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., p. 524.

²¹⁹ H. de Olóriz, *Resumen histórico*, op. cit., p. 159.

²²⁰ *Ibidem*, p. 155.

‘Odiamos la memoria de D. Fernando, porque sus planes maquiavélicos se basaron siempre en la felonía y condujeron al abismo de nuestros Reyes, cejados por su leal honradez.’²²¹

Son muchos quienes secundan en mayor o menor medida la opinión de Olóriz. Arvizu y Etayo le llaman ‘ambicioso y desaprensivo’, además de traidor²²². Julio Altadill lo apoda el ‘Falsificador de Bulas’²²³. Miguel de Orreaga, ‘rey usurpador’²²⁴ y recuerda que durante un tiempo pensó en fundar una Iglesia separada de Roma²²⁵. Iribas destaca su ‘mala fe’²²⁶. Y el propio Conde de Rodezno, en una fecha en principio tan poco apropiada para ese tipo de expresiones como 1944, dice de él que es ‘más digno de recordación como diplomático consumado que como gobernante de honrada sinceridad’²²⁷.

La animadversión contra Fernando parece haber sido constante en la historiografía navarra precedente. Yanguas lo llama ‘gran maestro en disimular’²²⁸, aunque hay que reconocer que no se ceba con él. Incluso García Abadía, que tiene a Fernando por uno de los reyes ‘más esclarecidos de España’²²⁹, no puede menos que ‘censurar los arteros medios por él empleados para apoderarse de Navarra’²³⁰. La orden que se le atribuye de utilizar en los asuntos de Navarra ‘maña, furto o trato’ se ha convertido en un latiguillo repetido incansablemente en la literatura navarra²³¹.

Curiosamente la reina Isabel de Castilla, que había muerto en 1504, no sólo se ha librado de las duras acusaciones de los escritores locales sino que incluso ha sido

²²¹ H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 26.

²²² J. Etayo y F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 15: ‘La invasión ordenada traidoramente por el ambicioso y desaprensivo Rey Fernando’.

²²³ J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 885. Altadill era general de intendencia del ejército.

²²⁴ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 23.

²²⁵ *Ibidem*, p. 66.

²²⁶ G. Iribas, *op. cit.*, p. 16.

²²⁷ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 131.

²²⁸ J. Yanguas y Miranda, ‘Prólogo’ a Luis Correa, *op. cit.*, p. 131.

²²⁹ A. García Abadía, *op. cit.*, p. 13.

²³⁰ *Ibidem*.

²³¹ Cfr. A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 101. S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, pp. 186-187. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 23. J. Iturralde, ‘El Castillo de Amayur’, *op. cit.*, p. 281. L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 129. A. Campión, ‘Nabarra en su vida histórica’, en J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 485. B. de Estella, *op. cit.*, p. 112. Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 18. M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 254.

objeto de cierta simpatía. Juan Mañé²³² y Gregorio Iribas coinciden en señalar que, de vivir Isabel, ésta no hubiera permitido “la inicua invasión de Navarra”²³³. Un artículo anónimo publicado en el *Boletín de la Comisión* destaca también sus virtudes, contraponiéndolas al carácter de Fernando²³⁴. El lema de Isabel, dice el articulista, rezaba: “*Rem, si poteris recte*”. El de Fernando, “*et si non poteris recte, etiamsem*”²³⁵. Hasta Arturo Campión, que pone en cuestión esta filia de la cultura navarra²³⁶, reconoce que, a diferencia de su esposo, Isabel sí sentía la unidad de España²³⁷.

En este contexto de “fernandofobia” algunos autores navarristas han emprendido una apología del Rey Católico. Ya Nadal de Gurrea recordaba que “tenía muchos afectos” en Navarra²³⁸ y que simplemente “se aprovechó diestramente de la situación de la cristiandad”²³⁹. Con todo, son Víctor Pradera, Eladio Esparza y José M^a Doussinague quienes han reivindicado con mayor vehemencia su figura. Según Pradera²⁴⁰, Fernando trata continuamente de proteger a Navarra y sus reyes de las apetencias de los franceses. Pese a ello, los reyes de Navarra pactan “ínmoral”²⁴¹ y secretamente con Francia. Todavía cuando Luis XII le propone expoliar Navarra a medias se niega tajantemente. Sólo en julio de 1512, cuando tiene constancia del Tratado de Blois entre Francia y Navarra, que amenaza seriamente a España, Fernando decide ocupar Navarra por precaución.

Aunque en la época de la polémica entre Campión y Pradera Eladio Esparza se encontraba posiblemente más cercano a las tesis del primero, lo cierto es que en su evolución ideológica fue adoptando las ideas de Pradera. Ya en su *Discurso sobre el fuero*²⁴² de 1934 Esparza destaca que Fernando ofreció a Labrit la posibilidad de adherirse a la Liga Santa y que éste se negó. Por lo demás, subraya, el Católico fue habitualmente celebrado por las Cortes de Navarra como monarca “de gloriosa

²³² J. Mañé, *op. cit.*, p. 94.

²³³ G. Iribas, *op. cit.*, p. 16.

²³⁴ Cfr. ***, “Bodas Reales”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

²³⁵ *Ibidem*, p. 197.

²³⁶ A. Campión, “Navarra en su vida histórica”, en *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 395.

²³⁷ A. Campión, “La familia de San Francisco Javier” en *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 242.

²³⁸ J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 294.

²³⁹ *Ibidem*.

²⁴⁰ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia, op. cit.*

²⁴¹ *Ibidem*, p. 79.

²⁴² E. Esparza, *Discurso sobre el fuero, op. cit.*

memoria”²⁴³. Para 1940 Esparza se expresaba todavía más favorable a la invasión castellana: Fernando tenía derechos al trono navarro como hijo de Juan II; “protegió en no pocas ocasiones”²⁴⁴ a los reyes de Navarra hasta que éstos se aliaron con Luis XII; en el ataque participaron “como agentes principales muchos navarros”²⁴⁵; su gobierno fue justo y pacificador. En definitiva, hay que “aplaudir”²⁴⁶ su conquista.

El diplomático Doussinague ha abundado en estos argumentos, añadiendo algunos otros. Según él, Fernando no premeditó la conquista de Navarra. Fue la “ingratitude”²⁴⁷ de sus reyes -“franceses” de nacionalidad- y su parcialidad pro-gala lo que le llevó a cambiar de actitud. Aún entonces “buscó y propuso constantemente diversas fórmulas de arreglo”²⁴⁸. Las garantías que exige a los Albret “ho podían ser más lógicas ni más moderadas”²⁴⁹. Por lo demás, la independencia de Navarra no terminó con la invasión del Católico. De hecho,

“[...] el fin de la independencia del Reino de Navarra corresponde al momento en que Luis XII decide no ver en Don Juan y Doña Catalina más que unos súbditos [...]”²⁵⁰

Según Doussinague, el comportamiento de Fernando con los agramonteses después de la victoria fue ejemplar. Por último, niega tajantemente que el Católico pensara jamás separar Navarra y Aragón de Castilla²⁵¹.

Íntimamente conectado con las cuestiones precedentes está el tema del carácter de los últimos monarcas navarros. Algunos acérrimos defensores de la conquista han tratado con dureza sus figuras. Así, Oliver-Copons se refiere a “la perfidia con que [...] favorecían el cisma”²⁵². Víctor Pradera subraya que engañaron repetidamente a las

²⁴³ *Ibidem*.

²⁴⁴ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 110.

²⁴⁵ *Ibidem*, p. 57.

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 59.

²⁴⁷ José M^a Doussinague, *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, *op. cit.*, p. 330.

²⁴⁸ *Ibidem*, p. 325.

²⁴⁹ *Ibidem*.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 328.

²⁵¹ Cfr. Eladio Esparza Aguinaga, “Nota crítica a ‘Fernando el Católico y Germana de Foix, un matrimonio por razón de Estado’ de Doussinague”, en *Príncipe de Viana*, nº 23, 1946.

²⁵² Eduardo Olivier-Copons, *Conquista y anexión de Navarra*, Biblioteca económica de Ciencias Militares, Madrid, 1888, p. 60.

Cortes²⁵³. Eladio Esparza afirma que la boda de Catalina con Labrit ‘enojó profundamente en Navarra’ y que ‘tuvo en contra toda la opinión’²⁵⁴. En cualquier caso eran una ‘casa extranjera llegada al trono con palpable desagrado de agramonteses y beaumonteses’²⁵⁵. Los Reyes Católicos tenían más partidarios que ellos²⁵⁶.

Sin embargo, la mayor parte de los historiadores foráneos no ha cargado las tintas contra Juan de Albret y Catalina de Foix. El *Diccionario* de 1802 llama al primero ‘desgraciado’ y lo presenta como una víctima del destino y de los manejos de Luis XII. Tampoco Lafuente ataca su figura, aunque se inclina hacia la efectividad de la excomunió pontificia²⁵⁷.

Por otro lado, la mayoría de los escritores navarros ha optado por un retrato agridulce que recuerda en ocasiones al del Príncipe de Viana. Como éste último, los reyes no son caracteres heroicos y enérgicos, sino personajes débiles, carentes de personalidad, bien que amables y cordiales. Según García Abadía, el rey Juan II fue ‘popular en demasía’, ‘áfable en extremo’ y ‘humano hasta el exceso’²⁵⁸. Entre sus mayores tachas está que ‘prodiga empleos a extranjera gente’²⁵⁹. Olóriz²⁶⁰ viene a coincidir con esta descripción, en su mayor parte tomada de la historiografía anterior²⁶¹. Campión añade algún rasgo más negativo: los reyes tuvieron escasa entereza y su huida fue ‘inmoderadamente presurosa’²⁶². Serafín Olave, en cambio, realza notoriamente la figura de Albret, ‘perfecto monarca democrático’²⁶³. Bien es cierto que, como sucedía con el Príncipe de Viana, cree que

²⁵³ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, p. 117.

²⁵⁴ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 56.

²⁵⁵ E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 21. Curiosamente en la p. 32 admite que los parientes del santo lucharon por la ‘Casa Real de Navarra’.

²⁵⁶ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 57.

²⁵⁷ M. Lafuente, *op. cit.*, tomo VII, pp. 295-308.

²⁵⁸ A. García Abadía, *op. cit.*, p. 12.

²⁵⁹ *Ibidem*.

²⁶⁰ H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 24.

²⁶¹ Cfr. Francisco de Alesón, *Annales del Reyno de Navarra*, Imp. Pascual Ibáñez, Pamplona, 1766, tomo 5, pp. 102 y ss., y p. 329 y ss. Hay que advertir que el relato de Alesón no es demasiado coherente. En la p. 103 se dice que Juan de Albret creía poder obrar despóticamente. Pero el resto del retrato es muy positivo.

²⁶² A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 430.

²⁶³ S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, p. 184.

‘[...] a pesar de sus excelentes prendas no era el rey que necesitaba Navarra para contrarrestar la refinada astucia y la desalmada conciencia del machiavélico [sic] rey Católico.’²⁶⁴

Igualmente el navarrista Manuel Iribarren²⁶⁵ califica a Don Juan de ‘bueno’, ‘culto’ y ‘mujeriego’. Es cierto que comete algunos contrafueros y que posee un carácter poco militar²⁶⁶. En todo caso es ‘alegre, gracioso y humano, demasiado humano, como buen francés’²⁶⁷. Desde el nacionalismo, Miguel de Orreaga señala que él y su esposa fueron unos buenos reyes, pero que les faltó la energía precisa para sobrevivir a los duros tiempos que les tocó en suerte²⁶⁸. Carlos Clavería, por último, completando el retrato vianesco, describe sus últimos días dominados por la melancolía²⁶⁹.

En lo que se refiere a su alianza con Francia, la mayor parte de los autores navarros, exceptuando a Esparza y Pradera, coincide en afirmar que intentaron por todos los medios permanecer neutrales, aunque en ocasiones se admite que no lo consiguieron²⁷⁰.

La violencia de la conquista así como la resistencia que encontró han sido un foco de discusiones de cierta importancia. Como hemos señalado, la invasión fue muy breve, enojosamente breve si se tiene en cuenta la tradicional belicosidad de los navarros. Reconociendo este hecho, el historiador nacionalista Clavería escribe con palpable desencanto:

‘Después de haber escrito páginas heroicas para la historia, quedaba sometida sin haber llegado casi a cruzar su espada con la del invasor.’²⁷¹

²⁶⁴ *Ibidem*.

²⁶⁵ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 82.

²⁶⁶ *Ibidem*. Iribarren sigue casi literalmente al cronista Avalos de la Piscina, citado por A. Campión, ‘Nabarra en su vida histórica’, en J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 478.

²⁶⁷ *Ibidem*, p. 251.

²⁶⁸ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 29. El propio Campión modificó su anterior juicio. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 517.

²⁶⁹ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, pp. 333- 334.

²⁷⁰ Cfr. M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 16. B. Estornés, *Historia del País Basko, op. cit.*, p. 168. M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 252 y p. 258. B. de Estella, *op. cit.*, p. 113.

²⁷¹ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, p. 319.

Aunque alejado del nacionalismo, José Ramón Castro ha manifestado cierta vergüenza por el comportamiento de sus compatriotas del siglo XVI. Sólo Tudela, con unas pocas excepciones más, salvó el honor de la ‘nación navarra’²⁷² resistiendo lealmente ante las tropas invasoras.

‘Si Navarra se hubiese mirado en su espejo, otra hubiese sido su suerte y la de los monarcas destronados. Por lo menos no hubiese escrito en la historia esa página floja, fea, indigna de sus virtudes raciales. La división de sus hijos, el interés de bandería superando al nacional, narcotizaron las características virtudes nacionales y contribuyeron a la perdición del viejo y glorioso reino pirenaico, más que la espada del duque de Alba, más que las argucias femeninas. Lecciones de la Historia que no conviene olvidar.’²⁷³

Esta circunstancia ha llevado a los autores más españolistas a afirmar que los navarros deseaban la conquista. De otro modo no se explicaría que éstos, tan celosos siempre de su independencia, fueran sometidos en tan poco tiempo. Así, Is-Orval constata que la ocupación ‘se hace suavemente, sin resistencia del pueblo’²⁷⁴.

‘Y esto lo hacía esta Navarra que siempre resistió hasta la muerte cualquier desafuero o contrafuero.’²⁷⁵

El padre Ascunce recoge abiertamente esta argumentación²⁷⁶. Similarmente, para Víctor Pradera: ‘La conquista no tuvo de tal más que el nombre y las apariencias, en realidad fue una entrega’²⁷⁷.

En consonancia con esta teoría, algunos autores han insistido en el buen comportamiento de las tropas invasoras. Según Doussinague, los castellanos ponen ‘el más escrupuloso cuidado en no producir daños a nadie sin absoluta necesidad’²⁷⁸.

²⁷² José Ramón Castro, *Lealtad de Tudela*, *op. cit.*, p. 3.

²⁷³ *Ibidem*, pp. 12-13.

²⁷⁴ Is-Orval, ‘Incorporación a la Unidad’, en *Pregón*, nº 66, 1960, sin paginación.

²⁷⁵ *Ibidem*.

²⁷⁶ Así, insistiendo en la ‘escasa o nula resistencia’ que encontró el duque de Alba deduce la tácita aquiescencia de los naturales del Reino: ‘De lo contrario, no hubiera sido tan fácil al duque domeñar el carácter belicoso de los navarros. Se hizo, pues, la incorporación de Navarra al resto de España con [...] el consentimiento expreso de ambos reinos.’ (E. Ascunce, *op. cit.*, p. 19).

²⁷⁷ V. Pradera, *Fernando el Católico*, *op. cit.*, p. 146.

²⁷⁸ José M^o Doussinague, *op. cit.*, p. 333.

Mucho antes que él, Oliver-Copons destacaba su ‘humanitario comportamiento’²⁷⁹, defendiendo incluso la tan criticada demolición de las fortalezas navarras²⁸⁰.

Quienes mantienen alguna duda sobre la legalidad de la anexión no han podido dejar de sentir cierto desasosiego ante la presteza con que el duque de Alba alcanza sus objetivos. Algunos escritores han tratado de dar al hecho una explicación complaciente. Para García Abadía²⁸¹, la rapidez de la invasión se debió al corto número de defensores. Además, añade, los navarros estaban cansados de las guerras civiles y habían sido ‘abandonados por sus Reyes’²⁸². Arturo Campión se pregunta abiertamente por qué no se resiste²⁸³ y consigue darse cuatro respuestas. La primera, la existencia de un nutrido partido procastellano. La segunda, que Castilla, con el fin de ganarse las voluntades nativas, dio ‘paz y justicia para todos’²⁸⁴. En tercer lugar, se inauguraba una era histórica en que España era una gran potencia y merecía la pena ser súbdito del rey de Castilla²⁸⁵. Pero la razón decisiva que explica la pasividad de los bravos navarros, ya por entonces extremadamente católicos y amantes de la Iglesia, es que fueron vilmente engañados por el Católico.

‘El rey Fernando ganó el Reino de Nabarra cubriéndose el rostro con la careta de la Religión: el verdadero conquistador no fue el Duque de Alba, sino Julio II.’²⁸⁶

Incluso Miguel de Orreaga, que como veremos ha adoptado otra estrategia justificatoria, constatando la rápida rendición, escribe en tono de disculpa: ‘Es verdad que los pamploneses no dieron ejemplo de heroísmo, pero no hay motivo para señalarlos con el estigma vergonzoso de traidores’²⁸⁷. Otros escritores, incluyendo al

²⁷⁹ E. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 11.

²⁸⁰ Nuestro autor la califica de ‘medida prudentísima y de precaución’. *Ibidem*, p. 23.

²⁸¹ A. García Abadía, *op. cit.*, p. 17.

²⁸² *Ibidem*.

²⁸³ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 489.

²⁸⁴ *Ibidem*.

²⁸⁵ *Ibidem*, p. 490.

²⁸⁶ *Ibidem*. No hay que entender estas explicaciones como si fueran exhaustivas. A veces Campión da otras causas. Cfr. *Ibidem*, p. 105: ‘Si los nabarros del siglo XVI hubiesen conservado las tradiciones guerrilleras de sus abuelos, no rindiendo además parias [?] al espíritu de la discordia, es buen seguro que los veteranos del duque de Alba habrían tropezado en los mismos obstáculos que hicieron caer a los veteranos de Napoleón.’

²⁸⁷ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 29.

propio Orreaga²⁸⁸, han excusado a sus antepasados aludiendo al despoblamiento del reino, la potencia militar de Castilla, etc. Lino Munárriz, por último, escribe que si los navarros se acomodaron tan pronto “a la nueva situación que le deparaba la Providencia”²⁸⁹, fue porque sólo se preocupaban de “Dios y la Ley”²⁹⁰.

En esta línea una rancia teoría histórica local, haciendo de la necesidad virtud²⁹¹, afirma que, aunque hubo una conquista militar, la decisión de quedar anexionados a la corona de Castilla fue una libre decisión de las Cortes de Navarra de 1513. Para Yanguas y Miranda los navarros “han dado la corona a quien han creído pertenecer”²⁹². También Oliver-Copons²⁹³, Víctor Pradera²⁹⁴ y García Rayo²⁹⁵, entre otros, han mantenido esta teoría, defendiendo la imparcialidad y representatividad de aquellas Cortes²⁹⁶.

Sin sostener este particular, otros autores han subrayado la dignidad con que se produjo la anexión. García Abadía habla de “una honrosísima capitulación”²⁹⁷. Las condiciones de entrega de los pamploneses han sido comúnmente citadas como paradigma de la rendición del reino. Éstos habrían jurado al Católico no como vasallos, sino como súbditos, con la obligación de ser bien tratados²⁹⁸.

Una segunda réplica a la facilidad de la conquista, completamente compatible con la anterior, ha sido el “descubrimiento” de una larga y dura guerra de resistencia contra los ejércitos castellanos. Esta corriente se ha basado principalmente en las informaciones proporcionadas por Alesón, el continuador de Moret. Entre sus principales representantes se encuentra Hermilio de Olóriz. Éste, contra quienes hablan

²⁸⁸ Cfr. M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 30 y ss. B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, pp. 168 y ss. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 264.

²⁸⁹ L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 141.

²⁹⁰ *Ibidem*.

²⁹¹ M. P. Huici Goñi, *op. cit.*, p. 23.

²⁹² J. Yanguas y Miranda, “Prólogo” a Luis Correa, *op. cit.*, p. 46.

²⁹³ E. Olivier-Copons, *op. cit.*, pp. 11 y ss.

²⁹⁴ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, pp. 330 y ss.

²⁹⁵ L. García Rayo, *op. cit.*, p. 13.

²⁹⁶ Desde el otro lado se ha discutido habitualmente su validez. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 330. M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 70 y ss. C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 326.

²⁹⁷ A. García Abadía, *op. cit.*, p. 17.

²⁹⁸ La anécdota ha sido invocada muchas veces. Cfr. F. de Alesón, *op. cit.*, tomo 5, p. 286. J. Yanguas, *Resumen histórico*, *op. cit.*, tomo II, p. 171. A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 102. S. Olave, “El pacto político”, *op. cit.*, pp. 189-190. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 30. L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 132. A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, ed. en Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 491. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 264. M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, pp. 257-258. J. M. Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona*, *op. cit.*, pp. 215-216.

del comportamiento humanitario de los invasores, informa largamente de las ferocidades castellananas: pueblos incendiados, deportaciones, sacrilegios. Los castellananos realizan arrestos arbitrarios, venden empleos públicos y cometen numerosos contrafueros. ‘Navarra conoce entonces los horrores del feudalismo’²⁹⁹. El Cardenal Cisneros proyecta deportar masivamente a los navarros a Andalucía³⁰⁰. Por su parte Altadill, reprochándole la orden de desmochar todos los castillos de Navarra, le llama ‘el gran desfacedor de toda nuestra riqueza arqueológica-militar’³⁰¹. El propio Conde de Rodezno critica sus ‘severas medidas’, que disgustaron incluso a los ‘beaumonteses más adictos al invasor’³⁰². El navarrista Julio Gúrpide recuerda la ‘feroz resistencia’³⁰³ de los caballeros de Maya. Y Estornés³⁰⁴, Bernardino de Estella³⁰⁵ y Clavería³⁰⁶, destacan la dureza de la represión castellana después de los intentos de reconquista.

Posiblemente Miguel de Orreaga es el autor que más ha insistido en la existencia de una larga y sangrienta lucha por la independencia de Navarra. Orreaga recopila todas las noticias, relativamente dispersas, en torno a la resistencia contra los castellananos y la represión ejercida por éstos. Uniendo los años que van desde la conquista hasta la toma de Amayur ‘inventa’ una guerra de independencia con once años de duración³⁰⁷. La batalla de Noain, con cerca de cinco mil caballeros navarros muertos, es el culmen de esa resistencia anticastellana³⁰⁸.

Uno de los cuentos de Arturo Campión, ‘El Coronel Villalba’³⁰⁹, tiene también como objeto magnificar la ferocidad de los conquistadores. Éstos, con Villalba al frente, avanzan por el valle de Yerri en dirección a Estella. Entre sus líneas no se oyen cantos ni carcajadas, ‘la varonil alegría de los campamentos falta de entre sus filas. Es que no son soldados: son verdugos’³¹⁰.

²⁹⁹ H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 54. Cfr. S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, p. 218.

³⁰⁰ H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 30.

³⁰¹ J. Altadill, *Castillos medioevales*, *op. cit.*, p. 127.

³⁰² Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 15.

³⁰³ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 271.

³⁰⁴ B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 174 y ss.

³⁰⁵ B. de Estella, *op. cit.*, pp. 120 y ss.

³⁰⁶ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, pp. 330 y ss.

³⁰⁷ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XXXIII. Estornés, en cambio, divide esta guerra en tres guerras de reconquista. Cfr. B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, pp. 170 y ss.

³⁰⁸ M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 180 y ss.

³⁰⁹ A. Campión, ‘El Coronel Villalba’, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.*

³¹⁰ *Ibidem*, p. 76.

Los castellanos queman las aldeas que encuentran a su paso. En la de Zabal un anciano loco les saluda: Villalba lo asesina a sangre fría. Siguiendo las órdenes de Cisneros van a arrasar todas las fortalezas de Navarra. Respecto a los habitantes ‘el Consejo de Castilla tiene una gran idea [...] hacerlos llevar a Andalucía; son tan bárbaros los navarros, que únicamente pueden estar bien cerca de los moros’³¹¹. En un momento dado Villalba blasfema contra la Virgen del Puy: jura que la arrastrará por las calles de Estella. Entonces tiene una visión. El blasfemo agoniza y pide a gritos la absolución³¹². Un monje navarro se la niega y Villalba muere inconfeso³¹³.

Ocasionalmente, la figura de Villalba ha servido para poner en solfa los modos de la conquista. Es significativo que cuando Vicente Galbete insinúa la necesidad de estudios más ecuanimes sobre el tema lo haga en el marco de una general reivindicación del militar extremeño³¹⁴.

Otro punto de debate de importancia son los intentos de recuperación del reino por parte de los Albret. El primero tuvo lugar el mismo año de 1512, el segundo en 1516 y el tercero, y último, en 1521. Por lo común, las historias de España que llegan a recoger estos hechos los catalogan como luchas contra Francia³¹⁵. La mayor parte de los escritores navarros, por contra, se ha esforzado en ‘recuperar’ su navarridad. Frente a ellos algunos navarristas, como Pradera³¹⁶, Idoate³¹⁷ y Ascunce³¹⁸, han calificado a las tropas partidarias de los Albret de ‘francesas’.

Aunque esta opinión es comparativamente extraña, más autores han admitido que los intentos de recuperación de los Albret formaban parte de la estrategia antiespañola de los reyes franceses y que la ayuda de éstos a los monarcas destronados

³¹¹ *Ibidem*, p. 84.

³¹² Curiosamente Campión modificó conscientemente la tradición narrada por Alesón. En éste Villalba blasfema contra San Miguel. El propio Campión, junto a muchos otros autores, recogió esta tradición en A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 470. Su origen parece estar en Alesón, *op. cit.*, tomo 5, p. 328.

³¹³ Hay otra versión de la muerte de Villalba, más afrentosa. Según Alesón (*op. cit.*, tomo 5, p. 328), Villalba muere cuando estaba en la cama con su mujer.

³¹⁴ V. Galbete, ‘Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba’, *op. cit.*, p. 696. ‘[...] no se opina con la necesaria ecuanimidad sobre su incorporación a Castilla’. Por supuesto la ecuanimidad a la que se refiere Galbete significa una postura más benigna con los castellanos.

³¹⁵ Cfr. P. Mariana, *op. cit.*, tomo II, p. 272. E. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 22.

³¹⁶ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, pp. 330 y ss.

³¹⁷ F. Idoate, ‘Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra’, *op. cit.*

³¹⁸ E. Ascunce, *op. cit.*, pp. 19 y ss. y p. 54. Entre los autores que han tenido por franceses a los partidarios de Albret puede citarse a T. Ochoa, *op. cit.*, p. 216 y F. García Ezpeleta, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 39. El propio Alesón (*op. cit.*, tomo 5, pp. 362 y ss.) llama al ejército pro-Albret ‘francés’.

no estaba movida por su amor a Navarra. A este respecto desde Campi3n a Iribarren³¹⁹, pasando por Orreaga³²⁰, Estorn3s y Estella, han recordado que, durante el 3ltimo intento de reconquista, el general franc3s Asparr3s impidi3 la entrada del pretendiente Enrique de Albret, heredero del reino. Campi3n llama a Asparr3s ‘3rrogante, presuntuoso y engre3do’³²¹ y a3ade que ve3a en Navarra una mera ‘provincia conquistada’³²². Ibarra lo califica de ‘3tolondrado’³²³. Por otro lado, y a decir de Estorn3s, las tropas francesas se comportan como ‘3husma vil3sima’³²⁴. Seg3n Is-Orval, los agramonteses abandonan desilusionados la expedici3n, en su mayor parte compuesta de ‘mercenarios’³²⁵.

Bien es cierto que, aunque casi todos los autores recogen los mismos t3picos, no todos ponen el mismo 3nfasis en cada uno de ellos. Una cuesti3n de importancia en la que las opiniones se polarizan claramente es el apoyo que los navarros prestaron a los intentos de reconquista. En la narraci3n de Miguel de Orreaga, por ejemplo, sometidos por Castilla, suspiran por los reyes exiliados³²⁶. Cuando avanzan sus tropas el pueblo los recibe con gran entusiasmo. Las divisiones entre agramonteses y beaumonteses se superan y reina en todo Navarra el ‘fervor nacionalista’³²⁷. Algo similar ocurre en la *Historia* de Bernardino de Estella³²⁸.

Para Pradera, en cambio, Navarra permanece fiel a los reyes de Espa3a. Iribarren³²⁹ y el Conde de Rodezno³³⁰ reconocen que parte de la nobleza apoy3 a Labrit, pero creen que el pueblo permaneci3 al margen. Is-Orval afirma que las tropas de Albret combat3an ‘sin apoyo popular’³³¹. Este autor admite que la reconquista fue r3pida y que

³¹⁹ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 260.

³²⁰ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 169.

³²¹ A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 476. La misma opini3n sostiene el Conde de Rodezno. Cfr. Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, pp. 14 y ss.

³²² *Ib3dem*.

³²³ [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 38.

³²⁴ B. Estorn3s, *Historia del Pa3s Basko, op. cit.*, p. 171.

³²⁵ Is-Orval, *op. cit.*

³²⁶ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 43: ‘[...] la mayor3a del pueblo nabarro consciente, pasados aquellos primeros instantes de sorpresa, mir3 con buenos ojos a los Reyes que viv3an en el destierro y a sus tentativas para recuperar el trono de Nabarra.’

³²⁷ *Ib3dem*, p. 92.

³²⁸ B. de Estella, *op. cit.*, p. 121.

³²⁹ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 261.

³³⁰ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 16: ‘Bien se infiere que m3s que movimiento popular, fue empresa de magnates a la manera feudal.’

³³¹ Is-Orval, *op. cit.*

“el pueblo no ofreció resistencia”, pero lo explica porque “eran cuestiones entre grupos de familias principales y ellas las tendrían que resolver”³³².

Dentro de los temas referidos a los intentos de recuperación del reino, la figura del Mariscal Pedro de Navarra, Conde de Oliveto, ha sido también objeto de controversia. Historiadores españoles como Oliver-Copons³³³ lo presentan como un traidor a España que termina suicidándose. Por el contrario, varios escritores navarros, como Arigita³³⁴, Olóriz³³⁵, Iribarren³³⁶ y Orreaga han hecho de él un “modelo de perfecta lealtad”³³⁷. La biografía que le hace Arazuri³³⁸ ni siquiera menciona la posibilidad de un suicidio. Para Bernardino de Estella³³⁹, por último, Pedro es asesinado por orden de Carlos V.

Modernamente, la crítica abierta a los intentos de recuperación se ha hecho más extraña, incluso entre los sectores más propicios a la unión con España. Buena muestra de ello es la utilización por parte del navarrismo del ataque guipuzcoano en Belate a la retaguardia navarra³⁴⁰.

En definitiva, la invasión de Navarra constituye un *locus* marcadamente problemático para las ideologías locales, en especial para el navarrismo y para los euskaros más favorables a la unidad de España. Las páginas anteriores nos han mostrado a destacados navarristas criticando ambigüamente los modos de la anexión, la validez de las bulas, etc. Es patente que muchos de ellos se sienten incómodos ante la conquista. Aprobarla significaría acaso renunciar a Navarra, convertirse en ‘Condes de

³³² *Ibidem*.

³³³ E. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 22.

³³⁴ M. Arigita, *Don Francisco de Navarra, op. cit.*, p. 116.

³³⁵ Cfr. con la vindicación del mariscal en H. de Olóriz, “La visión del Marichal” en *Laureles y siemprevivas, op. cit.*

³³⁶ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 82.

³³⁷ M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 148.

³³⁸ Cfr. J. J. Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios, op. cit.*, voz “Conde de Oliveto”.

³³⁹ B de Estella, *op. cit.*, p. 121.

³⁴⁰ El ataque valió a Guipúzcoa los doce cañones de su escudo, según refiere su Fuero General (cfr. *Nueva recopilación de los fueros, privilegios, buenos usos y costumbres, leyes y ordenanzas de la M. N. Y. M. L. Provincia de Guipúzcoa*, A. Gorosabel imp., Tolosa, 1867, pp. 28-29). En octubre de 1936, después de la toma de San Sebastián, el Ayuntamiento de esta ciudad pidió la retirada de los cañones.

Curiosamente, para muchos historiadores el ataque lo llevan a cabo guipuzcoanos y montañeses navarros de Ulzama y Atez. Cfr. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 50. H. de Olóriz, *Resumen histórico, op. cit.*, p. 158. E. Ascunce, *op. cit.*, p. 20.

Haciéndose eco de este y otros hechos de armas en los que los vascongados se enfrentaron a Navarra, escribe Jaime del Burgo: “No fue escasa la contribución de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava a la invasión y quizá ésta no hubiera podido realizarse plenamente o hubiera tropezado con mayores dificultades, si Fernando el Católico sólo hubiera dispuesto de la frontera con Aragón.” J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 569. Cursiva suya. Véase también p. 569.

Lerín”. Rechazarla puede suponer dar pie a la desmembración de España y romper el pacto.

Aunque expuestos a menos tensiones que los partidarios de la unidad peninsular, los nacionalistas tampoco han logrado una lectura homogénea de 1512. Para algunos los Albret-Foix eran navarros, para otros extranjeros. Según Orreaga los antepasados resistieron a los castellanos, pero los pamploneses no dieron ejemplo de heroísmo. En cualquier caso, difícilmente la Navarra de 1512 puede preludiar la Euskadi soñada en los albores del siglo XX.

Pese a esta situación confusa parece posible distinguir la presencia de dos grandes lecturas, aunque a menudo se presenten entremezcladas. La primera aprueba la invasión y tiende a presentarla como una unión voluntaria. El Viejo Reino sacrifica parcialmente su independencia para insertarse en los destinos del Imperio católico español. Enfrentada a ella, otra lectura describe la conquista como un hecho dramático y violento, producido por la división interna, en el que Navarra es usurpada por medio de mentiras y sometida por el Extranjero sin ningún derecho.

Paisaje después de la batalla.

Por lo común, los relatos de la tragedia del reino se prolongan hasta el análisis de las consecuencias de la conquista. A menudo autores que rechazan la invasión, niegan validez a las bulas y magnifican la crueldad de los invasores, terminan adhiriéndose a sus resultados a medio plazo. De hecho el independentismo navarro, que sería la lógica consecuencia de la condena de 1512 es, como tal, prácticamente inexistente. Incluso quienes piden la derogación de las leyes de 1841 y 1839 -y ya es significativo que sus reivindicaciones no se remonten al siglo XVI- y demandan la reedición del reino de Navarra, lo conciben regido por el rey de España.

Con frecuencia, el reconocimiento de la bondad de las consecuencias de la invasión no deja de presentar un tono visiblemente vergonzante. Las causas en que se ha apoyado esta aceptación se reducen a unos pocos tópicos y pasan en general por una negación “práctica” de la conquista. A este respecto, las palabras del Conde de Rodezno constituyen una buena introducción al epílogo de la tragedia.

‘Fuerza confesar que en nuestra Navarra, en la propiamente española que se extiende desde el Ebro al Pirineo, la protesta contra la invasión del Católico fue débil, y los ejércitos del duque de Alba encontraron llano el camino y fácil el

acceso. Extenuado el país por las discordias interiores, tal vez acogió el cambio de postura como ilusión liberadora. Por otra parte, la fórmula de la unión ‘*aeque principaliter*’, aseguraba una autonomía, como ahora decimos, una consideración de reino independiente que convertía la unión en puramente personal. Ello explica que los navarros, como todos los españoles se incorporasen sin reserva a todas las gloriosas empresas nacionales que hicieron de Carlos V y Felipe II los monarcas más grandes de la Edad moderna. Si repasamos las crónicas y escritos inmediatos a la anexión encontraremos una frase unánimemente repetida: ‘Navarra, después de su feliz incorporación a Castilla’, que prueba hasta qué punto los navarros entraron a participar en los comunes empeños del gran imperio español.”³⁴¹

Tomando como base la cita de Rodezno, podemos distinguir cinco grandes argumentos en el proceso de aceptación de la conquista.

El primero de ellos afirma que la incorporación se hizo vía “*unión aeque principaliter*”. Esto quiere destacar que consistió esencialmente en un cambio de dinastía y que Navarra permaneció como reino con legislación, cortes, moneda y tribunales propios. Según eso, la conquista fue sólo aparente, porque de hecho la independencia continuó. Buena muestra de ello, afirma Campión, es que “mientras subsistió la constitución nabarra más o menos apostillada por los perjuros monarcas intrusos, los castellanos y los demás españoles fueron mirados como extranjeros”³⁴². De este modo, la pérdida de la independencia nominal quedaría subsanada por la vigencia de la independencia *de facto*. En definitiva: “Nabarra permaneció siendo reino aparte; su constitución política, civil y social no experimentó la menor mudanza”³⁴³.

Esta tesis ha sido mantenida por muchos autores anteriores, coetáneos y posteriores a Campión. Para Yanguas y Miranda Navarra, más que parte de España, figura como su “aliada”³⁴⁴. Hermilio de Olóriz remarca que permaneció “independiente en territorio, jurisdicción y leyes”³⁴⁵. A decir de Jesús Etayo, “sólo cambió de Rey,

³⁴¹ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrechts*, *op. cit.*, pp. 13-14.

³⁴² A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 356.

³⁴³ *Ibidem*, p. 459.

³⁴⁴ Merece la pena recoger íntegra la opinión de Yanguas. Según él: “[...] entonces Navarra se hizo también del todo española sin dejar de ser Navarra, y ha seguido constantemente adherida al espíritu religioso y nacional de la Península, más como su aliada que como parte íntegra de la monarquía” (J. Yanguas, “Prólogo” en L. Correa, *op. cit.*, p. 47.)

³⁴⁵ H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 163.

conservando empero su nacional soberanía política”³⁴⁶. Iribarren Paternain señala que tras 1515 las instituciones del reino “no sufrieron cambio apreciable”³⁴⁷. Para Ibarra “Navarra no tenía nada de común con Castilla [...] más que el Rey”³⁴⁸. Is-Orval asegura que la unión “*aeque principaliter*” fue “meramente personal”, algo que en su opinión “era como para satisfacer al más decidido partidario de la independencia”³⁴⁹. En definitiva, “no se perdería nada del ser y personalidad navarros ya que Navarra seguiría en todo independiente, con leyes y fronteras propias”³⁵⁰. Todavía más. Según este último autor en 1512 no sólo Navarra no pierde su independencia, sino que en cierto sentido la recupera puesto que,

‘[...] como coincidía que eran los descendientes de Sancho III el Mayor de Navarra, quienes regían los destinos unidos de Aragón y Castilla, era una dinastía navarra más pura la que iba a volver a las Cortes de Pamplona, en lugar de la menos navarra y más afrancesada de los actuales Reyes.’³⁵¹

Es interesante constatar que la teoría de la prolongación de la independencia ha encontrado eco entre sectores muy diferentes desde el punto de vista ideológico. Escritores navarristas como Gúrpide³⁵² y Aldea Eguilaz³⁵³ se adhieren a ella y otro tanto sucede entre algunos nacionalistas como Bernardino de Estella³⁵⁴ y Bernardo Estornés³⁵⁵. El trauma de una independencia arrebatada sin apenas resistencia queda superado gracias a la teoría de una soberanía sostenida jurídicamente.

Aunque hemos puesto la opinión de Campión como modelo, hay que advertir que, en realidad, ésta es notablemente ambigua. Por un lado, afirma que la conquista supuso un “mero cambio de dinastía”, una “usurpación de corona que no altera la

³⁴⁶ J. Etayo, “Algunas interpretaciones y glosas”, en Gurrea ed., *op. cit.*

³⁴⁷ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 264.

³⁴⁸ [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 34. La misma opinión sostiene Vicente Galbete. Cfr. su artículo “Navarra, región histórica”, en *Pregón*, nº 89, 1966.

³⁴⁹ Is-Orval, *op. cit.*

³⁵⁰ *Ibidem.*

³⁵¹ *Ibidem.*

³⁵² J. Gúrpide, *Navarra foral, op. cit.*, p. 66.

³⁵³ R. Aldea Eguilaz, *Los Derechos de Navarra, op. cit.*, p. 32: “Únicamente cambió la persona del Monarca, siendo el de Castilla, en lo sucesivo Soberano de Navarra. Quiere decirse que no desapareció el Reino, sino que permaneció”

³⁵⁴ B. de Estella, *op. cit.*, p. 119.

³⁵⁵ B. Estornés, *Historia del País Basko, op. cit.*, p. 172.

esencia de las cosas”³⁵⁶, pero inmediatamente añade que ‘con ella perdió Navarra su personalidad internacional pública y bajó a la categoría subordinada de nación que sólo puede moverse ya dentro del derecho internacional privado’³⁵⁷. En 1512 se inicia el largo camino hacia el estatuto de provincia periférica, hacia la ruina de los lugares emblemáticos del reino. Jesús Etayo³⁵⁸ comparte la misma opinión.

Aunque con intenciones muy diferentes a las de éstos autores, también Eladio Esparza ha arrojado un jarro de agua fría a la teoría continuista de la independencia. Ya en 1935, en su citada conferencia sobre el fuero, afirma:

‘Por cierto que en esto del sentido de la unión de Navarra a Castilla creo que estamos en un error mayúsculo. Creemos nosotros que toda la unión ha consistido en la mera circunstancia de ser solamente uno y el mismo el rey de Castilla y el de Navarra. Todo lo demás, en uno y otro pueblo, quedó como antes, a nuestro juicio.

Y esto no es verdad. Podrá dolernos o alegrarnos, pero la verdad es otra.’³⁵⁹

Según Esparza, ni siquiera antes de 1512 Navarra era un reino verdaderamente independiente. Su inviabilidad política le hacía balancearse entre España y Francia.

Ocasionalmente, también el nacionalismo ha negado que Navarra mantuviera la independencia tras 1512³⁶⁰.

Un segundo factor que ha promovido la aceptación de la conquista castellana ha sido el buen gobierno de los monarcas españoles, a partir del propio Fernando el Católico, y el respeto que guardan a los fueros. De nuevo la tesis proviene de la

³⁵⁶ A. Campián, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 486. Cfr. H. Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 9: ‘Navarra se reservó íntegra su soberanía’.

³⁵⁷ A. Campián, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 486. Cfr. A. Campián, ‘La excomunión de los últimos Reyes legítimos de Navarra’, *op. cit.*, p. 122: ‘Pero Navarra no había perdido solamente una dinastía, que esto poco significa en la historia de los pueblos; había perdido la independencia.’

³⁵⁸ Cfr. J. Etayo, ‘Algunas interpretaciones y glosas’, en Gurrea ed., *op. cit.* ‘Pero el tiempo transcurrido desde la felonía de 1512 hasta principios del XIX dio ocasión para comprobar que Navarra había perdido para el futuro algo más que su dinastía legítima al tomar maliciosa y violentamente, el monarca viudo de Castilla, el cetro del menguado Reino pirenaico.’

³⁵⁹ E. Esparza, *Discurso sobre el fuero, op. cit.* Es preciso anotar que más adelante el propio Esparza pareció haber cambiado de opinión. Cfr. E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 59, donde señala que tras 1512 la ‘constitución política, social y civil quedó intacta’.

³⁶⁰ Cfr. Jaime Eguaras, ‘Un silencio que es elogio’, en *L. V. N.*, 2-I-1927.

historiografía anterior a nuestro período³⁶¹, aunque -como es obvio- se ha reformulado en beneficio de las ideologías actuales. El propio Arturo Campión la mantuvo durante algún tiempo. Así, en su primer trabajo sobre la excomunión de los últimos monarcas, escribe:

‘[...] incorporose la usurpación en la historia de Navarra y el bien social y el amor de los navarros a sus nuevos monarcas, *borraron el pecado de origen*.’³⁶²

Similarmente García Abadía, que califica de ‘injusta’³⁶³ la conquista, concluye que la nueva dinastía ‘respetó y aseguró para ellos y sus sucesores [los navarros] la posesión de sus fueros, usos y costumbres más sagradas’³⁶⁴. Como Yanguas, cree que ‘Navarra se hizo española sin dejar de ser Navarra’³⁶⁵, de forma que ‘no es menos deudora que España a D. Fernando por el hecho de su incorporación’³⁶⁶. El euskaro Lino Munárriz finaliza su ataque al Católico afirmando que ‘comenzó su reinado en Navarra tratando a los pueblos con tanta dulzura que no distinguían la mudanza de dueño’³⁶⁷. La idea, que de forma notoria favorece una asunción de la conquista, ha sido frecuentemente repetida por los escritores navarristas, a menudo citando a Campión. Valgan como muestra los casos de José Ramón Castro³⁶⁸ y Eladio Esparza³⁶⁹. Este último insiste en que Fernando ‘reconoció los fueros y reinó como rey de todos los navarros, amigos y enemigos’³⁷⁰.

Pero incluso autores marcadamente nacionalistas han reconocido el buen gobierno de los reyes españoles. Bernardino de Estella afirma que el gobierno del

³⁶¹ Cfr. F. de Alesón, *op. Cit.*, tomo 5, pp. 278 y ss., 424 y ss. J. Yanguas, ‘Prólogo’ en Luis Correa, *op. cit.*, pp. 46-47.

³⁶² A. Campión, ‘La excomunión de los últimos Reyes legítimos de Navarra’, *op. cit.*, p. 122. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 459: ‘D. Fernando recompensó y favoreció a los beaumonteses, pero sin denegar la justicia debida a los agramonteses, antes bien, procurando congraciárselos [...]’

³⁶³ A. García Abadía, *op. cit.*, p. 18.

³⁶⁴ *Ibidem*, p. 38. El corchete es mío.

³⁶⁵ *Ibidem*.

³⁶⁶ *Ibidem*.

³⁶⁷ L. Munárriz, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 132.

³⁶⁸ J. R. Castro, *Lealtad de Tudela, op. cit.*, p. 15.

³⁶⁹ E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 59.

³⁷⁰ *Ibidem*. Cfr. con J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 270.

Católico fue ‘prudente y juicioso’³⁷¹ y Bernardo Estornés concede que ‘gobernó con gran prudencia y bondad para asegurarse bien la presa’³⁷².

En algunas ocasiones el reconocimiento del buen gobierno de los monarcas españoles ha sido matizado con la denuncia de sus contrafueros, bien por parte del propio Fernando, bien por parte de su regente Cisneros. Así, el propio Campión añadió más adelante que Fernando cometió ‘contrafueros innumerables’³⁷³. Su admirador Miguel de Orreaga³⁷⁴ toma la tarea de detallarlos minuciosamente.

Pero la postura más radical en lo que se refiere a este punto curiosamente viene de un republicano federal y militar español como Serafín Olave³⁷⁵, para quien ni con la casa de Castilla, ni con los Austrias, ni con los Borbones se han respetado los fueros. Ello le lleva a preguntarse: ‘¿Y hay navarros, todavía, que historien con benignidad las épocas posteriores a la anexión?’³⁷⁶.

Un tercer argumento en favor de una asimilación positiva de la conquista es la conversión al calvinismo de los descendientes de los últimos reyes de Navarra hacia 1563. Euskaros, nacionalistas y navarristas son, antes que nada, católicos. La usurpación castellana se justifica *a posteriori* porque, de no haberse producido, Navarra hubiera sufrido unos monarcas protestantes. Arturo Campión atribuye este pensamiento a los propios navarros del XVI.

‘Pero el golpe mortal a la causa de la dinastía legítima le asestaron los mismos monarcas de ella el día que perpetraron el crimen [...] de apartarles de la fe católica y abrazar el protestantismo.’³⁷⁷

El argumento ha sido frecuentemente esgrimido por los navarristas. Así cabe citar entre sus usuarios al Conde de Rodezno³⁷⁸, Julio Gúrpide³⁷⁹, Manuel Iribarren³⁸⁰,

³⁷¹ B. de Estella, *op. cit.*, p. 118.

³⁷² B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 172.

³⁷³ A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 397.

³⁷⁴ M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 67 y ss.

³⁷⁵ S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, pp. 210 y ss. Olave era coronel del ejército.

³⁷⁶ *Ibidem*, p. 212.

³⁷⁷ A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 491. Es cierto que más adelante señala que ‘el derecho a reinar no le perdieron esos monarcas por su herejía’ (*Ibidem*, p. 492.), pero es notorio que gracias a la conversión al protestantismo de la casa real legítima la escasa resistencia de los antepasados se torna aceptable.

³⁷⁸ Conde de Rodezno, *El Dr. Navarro Don Martín de Azpilicueta*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1943, p. 21.

³⁷⁹ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 271.

Eladio Esparza³⁸¹ y Javier Ibarra³⁸². Para este último, los intentos de recuperación fracasan merced a una intervención divina para que Navarra no caiga en el calvinismo.

Un cuarto argumento en favor de una justificación *a posteriori* de 1512 es que tras esta fecha el reino pirenaico se introduce en los destinos imperiales. Como dice Gúrpide, Navarra no se opone a la invasión ‘porque parece que ha presentido la nueva misión histórica que le estaba reservada dentro de la unidad de la patria’³⁸³; un ‘papel principal’ que jamás habría podido jugar de permanecer dentro de sus reducidos límites. ‘Navarra y los navarros se enrolaron en la Historia española’³⁸⁴, escribe Etayo, citando su presencia en América, Flandes e Italia³⁸⁵. También para el Conde de Rodezno Navarra ‘se incorpora de todo corazón’³⁸⁶ al Imperio. El prestigio de éste y su importante cometido histórico hacen que Navarra deje de añorar su soberanía. Como expresa diáfananamente Julio Nombela:

‘Los navarros, [...] al ver la preponderancia de la monarquía en el siglo XVII, olvidaron el recuerdo de su antigua independencia para contribuir con todas sus fuerzas al esplendor de España.’³⁸⁷

Este destino histórico está marcadamente regido por el ideario católico. España lleva a cabo la doble tarea de combatir a los herejes y de extender el catolicismo por el mundo. Para Eladio Esparza este argumento enlaza con el anterior. Mientras el reino renuncia a la independencia y emprende el camino de la lucha espiritual y militar por la religión católica, sus monarcas ‘legítimos’ emprenden el rumbo de la herejía. De nuevo Navarra se sacrifica por una causa que la excede.

³⁸⁰ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 262.

³⁸¹ E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 60.

³⁸² [J. Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 38.

³⁸³ J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 264.

³⁸⁴ J. Etayo, ‘Algunas interpretaciones y glosas’, en Gurrea ed., *op. cit.*

³⁸⁵ *Ibidem*. Cfr. J. Etayo y F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 16.

³⁸⁶ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 49.

³⁸⁷ J. Nombela, *op. cit.*, p. 40. *Cursivas mías.*

‘En la empresa de la conquista Navarra acertó entregándose al Católico, porque los sucesores de don Fernando dieron motivos a los navarros para proseguir en su lucha por la religión contra el Protestantismo en Italia, Francia y Alemania. [...] mientras los de Albret se hundían allende los Pirineos en la ‘herética pravedad’.’³⁸⁸

Una quinta resolución de la conquista, que en cierto modo choca con la tercera, es el retorno de la dinastía legítima con el advenimiento de los Borbones. Según esta teoría, ya sostenida por Alesón³⁸⁹, la coronación de Felipe V supone la vuelta de los monarcas naturales de Navarra, puesto que Catalina, la hija del último Príncipe de Viana, Enrique de Albret, se había casado con Antonio de Borbón. Siguiendo esta teoría, el Conde de Rodezno afirma que tras la Guerra de Sucesión ‘vio Navarra reintegrada su antigua y legítima dinastía y extinguidos los resquemores que la anexión, ya dos veces centenaria, evocaba’³⁹⁰. También Campión³⁹¹ cree que con las celebraciones por la ascensión de Felipe V, los navarros celebraban el retorno de su dinastía legítima. Para Is-Orval, por último, se da la ‘íronía’ de que los reyes exiliados vuelven a Navarra ‘como dueños de España entera’³⁹².

Cada uno de estos argumentos ha vuelto asimilable la conquista de 1512. Todos ellos ayudan a sobrellevar el *status quo* de Navarra. Sin embargo, frente a ellos, aparece una gran pérdida difícil de reparar: el abandono de la merindad de Ultrapuertos.

La Navarra irredenta.

En efecto, el abandono de la Baja Navarra por Carlos V, en 1530, en pleno Imperio, se presenta como un contrafuero difícil de justificar. Escritores como Iturralde³⁹³ y Campión³⁹⁴ han criticado con dureza el desamparo de la que, en palabras de este último autor, era el ‘vivero de nuestras casas infanzonas’ y la ‘cuna de nuestra

³⁸⁸ E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.* 111.

³⁸⁹ F. de Alesón, *op. cit.*, tomo 5, p. 250.

³⁹⁰ Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 50.

³⁹¹ A. Campión, *Euskariana, op. cit.*, p. 111 y ss. Cfr. con las palabras de A. Campión en ocasión del Segundo Congreso de *E. I.*, recogidas en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, pp. 262-3.

³⁹² Is-Orval, *op. cit.*

³⁹³ J. Iturralde, *Obras*, vol. 1, *op. cit.*, p. 11.

³⁹⁴ A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, pp. 141 y ss.

nacionalidad”³⁹⁵. Serafín Olave³⁹⁶ cree que el hecho demuestra el poco respeto a los fueros que tuvieron los monarcas de la casa de Austria. Similarmente, Hermilio de Olóriz califica la partición como “el mayor contrafuero”³⁹⁷.

En ocasiones, la división del Viejo Reino ha sido invocada como una muestra de sus sacrificios por amor a España. Javier Los Arcos³⁹⁸, por ejemplo, en su intervención contra el proyecto de presupuestos de Gamazo recuerda a las Cortes españolas la existencia de otra Navarra al otro lado de la muga. Por eso, frente a quienes la tildan de egoísta a causa de sus fueros, interroga:

“¿Podrá decir nadie que puede hacer algún país mayor sacrificio que el que hizo aquel Reino cuando después, formando parte de una Monarquía poderosa, consintió en la segregación de una parte de su territorio?”³⁹⁹

Algunos autores navarristas han tratado de justificar, más o menos veladamente, el abandono de la Baja Navarra. Julio Gúrpide, por ejemplo, señala que a pesar del amor de sus habitantes a Navarra y a España, Carlos V “no pudo conservarla”⁴⁰⁰. Para la revista *Pregón* se trataba de “preservar España de la herejía; pues los hugonotes [...] actuaban abiertamente en nuestra sexta Merindad”⁴⁰¹. Bien es cierto que eran temores infundados, pero “las realidades se imponen invariablemente a los romanticismos, por bellos que éstos sean”⁴⁰². Los imperativos geográficos y políticos habrían dividido más pronto que tarde al reino. Éste, una vez más, es la víctima de un destino adverso.

Frente al lamento de Olóriz e Iturralde destaca el mutismo de algunos autores navarristas. Eladio Esparza⁴⁰³ omite la existencia de otra Navarra al norte de los Pirineos, con reyes propios que reivindican su soberanía sobre todos los navarros después de 1530. Jaime del Burgo⁴⁰⁴ dedica al tema una brevísima referencia. Núñez de

³⁹⁵ *Ibidem*, pp. 141-142.

³⁹⁶ S. Olave, “El pacto político”, *op. cit.*, pp. 214 y 215.

³⁹⁷ H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 57.

³⁹⁸ J. Los Arcos, *op. cit.*, pp. 340-341.

³⁹⁹ *Ibidem*, p. 321.

⁴⁰⁰ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 273.

⁴⁰¹ “Nuestro saludo a la Baja Navarra”, en *Pregón*, nº 26-27, 1950.

⁴⁰² *Ibidem*.

⁴⁰³ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*

⁴⁰⁴ J. del Burgo, *Historia de Navarra*, *op. cit.*

Cepeda⁴⁰⁵ ni siquiera menciona Ultrapuertos al enumerar las merindades medievales. Salinas Quijada⁴⁰⁶ utiliza la expresión ‘Baja Navarra’ para designar la Ribera. Otros autores anteriores a los euskaros, como Sanz y Baeza⁴⁰⁷, recuerdan que hubo una Navarra de Ultrapuertos, pero consideran a sus moradores actuales simples franceses. Según Campión⁴⁰⁸, la afirmación de que existían navarros en Francia provocaba hacia 1863 sonrisas desdeñosas.

Otros autores, como Lino Munárriz⁴⁰⁹ por ejemplo, sí mencionan el abandono de la Merindad de Ultrapuertos, pero mantienen un tono aséptico y ni critican ni se preocupan de justificar el abandono. Varios ofrecen informaciones imprecisas y generales, cuando no simplemente falsas. Rafael Querejeta⁴¹⁰, por ejemplo, afirma que los reyes Luis XII y Francisco I reinaron en la Navarra francesa.

Como sucedía en el caso de la Alta Navarra, existen opiniones divergentes en lo que se refiere al mantenimiento de la independencia de Ultrapuertos. La *Enciclopedia Espasa Calpe*⁴¹¹ afirma que quedó anexionada a Francia en tiempos de Enrique IV. Para Bernardino de Estella⁴¹², por el contrario, persiste como reino independiente hasta 1789.

Entre la denuncia de Campión y Olave y el mutismo de Esparza y Núñez de Cepeda, la actitud más habitual entre euskaros y navarristas parece haber sido una temperada simpatía. El teniente coronel Munárriz Urtasun se refiere a los navarros de Ultrapuertos en términos muy amistosos en su novela *Miguel de Iturbide*⁴¹³. La *Guía del Congresista*⁴¹⁴ de 1920 les dedica un capítulo entero y subraya su lealtad a los reyes legítimos. Victoriano Juaristi destaca que, aunque políticamente segregada de la Navarra española, sigue ligada a ella ‘racial e industriosamente’⁴¹⁵. Manuel Iribarren la

⁴⁰⁵ M. Núñez de Cepeda, *Guía*, *op. cit.* p. 78.

⁴⁰⁶ Francisco Salinas Quijada, *Barro Blando (Por la Baja Navarra). Un duelo de amor en la Baja Navarra*, Imp. Gráficas Hispana, Tudela, 1941

⁴⁰⁷ Florencio Sanz y Baeza, *Memoria sobre el territorio que la España ha perdido en los Pirineos, por la parte de Navarra y demostración de los derechos españoles a los terrenos que usurpan los franceses*, Imp. de Matute, Madrid, 1850.

⁴⁰⁸ A. Campión, ‘Prólogo’, en J. Iturralde, *Obras*, vol. 1, *op. cit.*, p. XLV.

⁴⁰⁹ L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 133.

⁴¹⁰ F. Querejeta, *op. cit.*, p. 200.

⁴¹¹ *Enciclopedia general*, *op. cit.*, voz ‘Navarra la baja o Navarra francesa’.

⁴¹² B. de Estella, *op. cit.*, p. 213.

⁴¹³ T. Coronel Munárriz Urtasun, *Miguel de Iturbide*, *op. cit.*, p. 26.

⁴¹⁴ F. J. Arvizu y J. Etayo, *op. cit.*, pp. 81-87.

⁴¹⁵ Victoriano Juaristi, *Los caminos de Navarra*, Navarro y del Teso, San Sebastián, 1935, p. 14.

llama ‘solar de Nobleza y raíz de la monarquía pirenaica’⁴¹⁶. José M^a de Luzaide⁴¹⁷ señala que San Juan de Pie de Puerto ‘fue’ [sic] tan Navarra como Olite y Sangüesa. En 1950 *Pregón* celebra ‘la supervivencia del navarrismo en Ultrapuertos’, el ‘jardín de Navarra’⁴¹⁸. Astiz y Baleztena, en fin, mandan a sus habitantes un cariñoso saludo de parte de ‘sus hermanos del viejo reino’⁴¹⁹. Sin embargo, ninguno de ellos sueña siquiera con la reunificación del país.

En general, la sexta merindad ha permanecido olvidada por los altonavarros. Sólo periódicamente su recuerdo se aviva por un tiempo. Se hacen excursiones al otro lado, se pronuncian discursos altisonantes y se proclama la necesidad de reforzar lazos. Así, dentro de las actividades desarrolladas a propósito del Segundo Congreso de Estudios Vascos de Pamplona se incluyó una visita a Ultrapuertos. A ella asisten casi cuatrocientos excursionistas, entre ellos Luis y Lorenzo Oroz, Francisco Javier Arraiza, Raimundo García, el matrimonio Aizpún-Tuero, las señoritas Baleztena, Francisco Usechi, etc.⁴²⁰. Reina un ambiente de pan-navarrismo:

‘[...] la antigua Navarra, nuestra sexta Merindad de Ultrapuertos, la tierra de nuestros hermanos de antaño, hacia donde el corazón nos empuja con fuerzas de irresistible afecto, como cuando volvemos tras de largo viaje al hogar paterno.’⁴²¹

Bien es cierto que el *Gernikako arbola* comparte sitio con la Marsellesa y la Marcha Real, y que los discursos de Daguerre, alcalde de San Juan de Pie de Puerto, y de Lorenzo Oroz, vicepresidente de Diputación, terminan entre vivas a Alfonso XIII y a la República.

Trece años después, en octubre de 1933, tenían lugar otros actos de afirmación pan-navarrista, con motivo de la inauguración en Pamplona de un monumento a Juan de Huarte, el escritor bajonavarro⁴²². Para la ocasión se invitó a diversas autoridades vasco-continenciales y de nuevo se pronunciaron hermosos discursos. Haramburu, el alcalde de

⁴¹⁶ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 31.

⁴¹⁷ J. M^a de Luzaide, pseu. J. M. Iraburu] ‘La capital de la Baja Navarra’, en *Pregón*, n^o 26-27, 1950.

⁴¹⁸ ‘Nuestro saludo a la Baja Navarra’, *op. cit.*

⁴¹⁹ D. Baleztena y M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 13

⁴²⁰ Puede verse una lista parcial de los asistentes en la reseña de Julio Altadill, ‘Las excursiones’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920.

⁴²¹ *Ibidem*, p. 313.

⁴²² Cfr. ‘Crónica de un homenaje’, en *Cultura Navarra*, n^o 4, 1933.

Garazi, por ejemplo, llama a Pamplona ‘huestra capital’ y a Navarra su ‘pequeña patria’. Con todo, añade inmediatamente que ello no quita ‘hada al culto que profesamos cada uno a su respectiva Nación’⁴²³.

Forzosamente la existencia de una Navarra pérdida con la anexión ha incomodado a quienes defendían la unidad española. La anexión a Castilla había provocado la desmembración de cerca de una décima parte del territorio navarro. Tal vez por ello, Baja Navarra tiende a desaparecer en las historias del reino a partir de su separación.

Por el contrario, los autores nacionalistas parecen haber mostrado mucho más interés por Ultrapuertos. Así, Carlos Clavería, en su *Historia del Reino de Navarra*⁴²⁴, recoge con bastante detalle su devenir histórico después de 1530. Bien es cierto que la reunificación de las dos Navarras sólo se plantea dentro del proceso de unificación de toda Vasconia.

Un monumento anfibológico.

Hacia 1908 Iturralde y Suit y Campión pensaron en la posibilidad de construir un monumento en homenaje a los defensores de Amayur. Éstos habían intentado recuperar la independencia del reino en 1521, resistiendo el sitio de las tropas españolas hasta el 19 de julio de 1522.

El proyecto de Iturralde y Campión no pasó de las intenciones, pero en mayo de 1920, al acercarse el cuatrocientos aniversario del evento, la Comisión de Monumentos a propuesta de Altadill, decidió por unanimidad llevarla a efecto. Para ello abrió una suscripción pública que contó con la colaboración unánime de la prensa local y de instituciones como el Ayuntamiento de Pamplona y la Diputación. El monumento consistiría en un obelisco de piedra con los escudos de las seis merindades y la dedicatoria en euskara y castellano: ‘A los últimos defensores de la independencia nabarra’⁴²⁵.

El 23 de julio de ese mismo año, en el marco del Segundo Congreso de Estudios Vascos y con motivo de un homenaje a los combatientes de Amayur, se colocó la

⁴²³ *Ibidem*, p. 175.

⁴²⁴ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, pp. 345-370. Es difícil evaluar hasta qué punto el interés de Clavería representa el del nacionalismo vasco. Así, B. de Estella (*op. cit.*) dedica sólo unas pocas páginas al país vasco continental. Con todo, parece que la preocupación de los aranistas por *Benabarra* ha sido comparativamente mucho mayor que la del navarrismo.

⁴²⁵ El texto completo de la propuesta se encuentra en J. Altadill, *Castillos medievales*, *op. cit.*, tomo III, pp. 16-17.

primera piedra del monumento. Asistieron al acto una nutrida representación de la Diputación provincial, sus homólogas vascongadas y otras autoridades locales. El vicepresidente de la corporación, Lorenzo Oroz, pronunció un emocionado discurso.

“A semejanza de lo que es el Calvario para los cristianos, este lugar sagrado, santificado y regado con la sangre pura de nuestros ascendientes, ha de ser para nosotros, paraje de religiosa y patriótica veneración, la Meca de nuestros amores y respetos, adonde acudamos para rendir homenajes a los heroes y tributarles una oración.”⁴²⁶

La polémica se gestó con una lentitud sorprendente, tanto que en aquellas fechas no trascendió ninguna protesta. Meses más tarde, el 6 de enero de 1921, en la inauguración del Centro Católico de Navarra, Víctor Pradera llamaba “traidores”⁴²⁷ a los agramonteses por haber defendido a Juan II contra el Príncipe de Viana y haber colaborado con los franceses y cismáticos Albret en 1521. El día 8 le respondía Manuel Aranzadi en una carta abierta en *Diario de Navarra*, reprochándole su falta de navarrismo. El día después aparecía otra misiva de Joaquín Baleztena en el mismo sentido. Las siguientes jornadas aparecieron réplicas y contrarréplicas de Pradera, Etayo, Aranzadi, el Conde de Rodezno, Altadill y Seminario. La mayor parte de las discusiones se refirieron a las bulas, definiéndose las posiciones que antes hemos visto.

Ante el cariz que tomaba la polémica, el *Diario de Navarra* decidió terminar con ella el 26 de enero, negándose a publicar más cartas⁴²⁸. Privados de un escenario diario cada parte comenzó a elaborar textos más trabajados. El *Boletín de la Comisión de Monumentos*, en cuyo consejo de redacción tenían un indudable peso Campián y Altadill, publicó durante los años 1922 a 1926 numerosos documentos y trabajos relacionados con la cuestión de las bulas y el sitio de Amayur⁴²⁹. En forma de libro Pedro de Navascués publicaría *Amayur*⁴³⁰, Víctor Pradera *Fernando el Católico y los*

⁴²⁶ Discurso recogido en J. Altadill, *Castillos medioevales*, op. cit., tomo III, p. 21. Cfr. J. Iturralde, “El castillo de Amayur”, op. cit., p. 275: “deberíamos ir en patriótica peregrinación”.

⁴²⁷ V. Pradera, *Por Navarra para España*, op. cit., p. 3. El folleto recoge casi toda la polémica reproduciendo las cartas aparecidas en prensa. Puede verse un análisis de la misma en Ignacio Olábarri y Juan M^o Sánchez Prieto, “Un ejemplo de *Richtungskamps* en la historiografía navarra contemporánea; la polémica en torno a Amayur”, en *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenio Oblatae*, Vitoria, 1985.

⁴²⁸ “Fin de la polémica”, en *D. N.*, 26-I-1921.

⁴²⁹ Cfr. I. B. [¿Ignacio Baleztena?], “Relaciones de la Santa Sede con los Monarcas navarros y con sus legítimos herederos”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921. Miguel de Orreaga, “Sobre la defensa de Amayur”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

⁴³⁰ [Pedro de Navascués] Miguel de Orreaga, *¡Amayur...!*, op. cit.

*falsarios de la historia*⁴³¹ y Arturo Campión⁴³² sus nuevas versiones y estudios sobre los últimos años de la Navarra independiente.

Aunque la disputa versaba sobre un hecho ocurrido hacía cuatrocientos años, los ánimos se encrespaban y los insultos se cruzaron desde todas partes. Altadill llamó a Pradera “oráculo antinavarro”⁴³³. Éste replicó calificándolo de “historiador de baratillo”⁴³⁴ y poco menos que advenedizo⁴³⁵. A Campión lo tildó de “seudohistoriador vasco”⁴³⁶ e “historiador seudovasco”⁴³⁷. Por su parte Campión llamó a Pradera “impia tinteros de Llorente: politicastro engreído, doble Maroto de los carlistas y de Nabarra”⁴³⁸. Miguel de Orreaga, sin dignarse a estampar el nombre de Pradera “por no manchar las páginas de mi libro”⁴³⁹, le acusó de “mal nabarro”⁴⁴⁰. Calificar de traidores a los héroes de Amayur, escribió indignado, “autoriza a pensar en anomalías cerebrales o en supino desconocimiento léxico”⁴⁴¹.

El 14 de marzo de 1921 Francisco J. Arraiza, José Esteban Uranga, José Sanz y González y Luis Elio y Torres presentan en la Comisión de Monumentos una moción pidiendo la celebración de la incorporación de Navarra a Castilla, “como quinto (sic) centenario de dicha unión”⁴⁴². Al parecer, la propuesta no cogió de sorpresa a los miembros de la Comisión porque, acto seguido de ser leída, se pasó a la lectura de una carta de Carlos Marichalar, miembro residente en París, criticando la idea. “No se concibe”, escribía, “que tal proyecto pueda germinar en cerebros navarros”⁴⁴³. A continuación se leyó otra misiva en contra de la celebración remitida por 29 navarros residentes en Madrid. Acceder a tal idea, decían, “valdría tanto como si la Comisión

⁴³¹ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la historia*, op. cit.

⁴³² A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit.

⁴³³ V. Pradera, *Por Navarra para España*, op. cit., p. 62. Recoge una carta de Altadill.

⁴³⁴ *Ibidem*, p. 123.

⁴³⁵ “¿Cuál es el título del señor Altadill para meterse en asuntos interiores a Navarra? ¿Que nos muestre primero su partida de nacimiento!” (*Ibidem*, p. 70). Altadill había nacido en Toledo.

⁴³⁶ V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, op. cit., p. 21.

⁴³⁷ *Ibidem*, p. 229. Pradera arremetía contra “ciertos prestigios creados por el procedimiento del mutuo bombo” (*Ibidem*, p. 13) y el Boletín “que apenas lee nadie” (*Ibidem*, p. 14).

⁴³⁸ A. Campión, ‘Prólogo’, en M. de Orreaga, *¡Amayur...!*, op. cit., p. XIII.

⁴³⁹ M de Orreaga, *¡Amayur...!*, op. cit., p. 172.

⁴⁴⁰ *Ibidem*, p. 175.

⁴⁴¹ *Ibidem*, p. 285.

⁴⁴² ‘Sección oficial’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921, p. 78. Naturalmente no era el quinto centenario de la unión, sino el cuarto. El ‘sic’ es original.

⁴⁴³ *Ibidem*.

olvidando su historia, como si Navarra renegando de sus mayores, hiciese suya la traición”⁴⁴⁴. La Comisión ni siquiera se dignó a votar la propuesta: simplemente decidió tomar nota y archivar el asunto.

El 27 de abril de 1921 el tema de Amayur volvía a ocupar las páginas de los periódicos. Francisco Javier Arraiza⁴⁴⁵ acusaba desde el *Diario de Navarra* a Julio Altadill de haberse negado a publicar en el *Boletín* que dirigía su trabajo ‘Notas para la historia. La Nobleza de Maya y la incorporación de Navarra a Castilla. El cerco de Maya’, en el que subrayaba la participación de nobles navarros en el asedio. Altadill⁴⁴⁶ respondió al día siguiente, negando las acusaciones, alegando su calidad de militar español contra quienes le achacaban simpatías con los separatistas y anunciando su intención de no responder a ninguna otra carta relativa a la política de la Comisión. Arraiza insistió en los cargos el 29 de abril, añadiendo que la Comisión estaba siendo dominada por los nacionalistas antiespañoles⁴⁴⁷. Altadill cumplió su promesa de no responder, pero Zalba⁴⁴⁸, secretario de la Comisión, lo hizo en su lugar el 4 de mayo. Al día siguiente Arraiza⁴⁴⁹ finalizaba el “round” repitiendo sus argumentos.

Unos días antes de que se procediera a la entrega del monumento de Maya, Francisco Javier Arraiza hacía llegar una nueva carta a la prensa⁴⁵⁰. Denunciaba el falseamiento del proyecto inicial dado que, en contra de lo anunciado, se habían sustituido los escudos de las merindades por los de las tres Provincias Vascongadas. Esto tenía que ser “un error o una falsedad”⁴⁵¹, puesto que los vascongados, y en especial Guipúzcoa, habían colaborado con los castellanos, clavando ‘el puñal por la espalda a Navarra, como asegura Campión’⁴⁵². Si lo que se pretendía era simbolizar la reconciliación, lo que debía haberse hecho era situar en un lugar preferente el escudo de

⁴⁴⁴ *Ibidem.*

⁴⁴⁵ F. J. Arraiza, ‘Una carta’, en *D. N.*, 27-IV-1921.

⁴⁴⁶ J. Altadill, ‘Otra carta’ en *D. N.*, 28-IV-1921.

⁴⁴⁷ F. J. Arraiza, ‘Otra carta’ en *D. N.*, 29-IV-1921.

⁴⁴⁸ ‘Remitido’, en *D. N.*, 4-VI-1921.

⁴⁴⁹ ‘Remitido’, en *D. N.*, 5-VI-1921.

⁴⁵⁰ F. J. Arraiza, ‘El monumento de Maya’, en *D. N.*, 27-VI-1922.

⁴⁵¹ *Ibidem.*

⁴⁵² *Ibidem.* Efectivamente, Campión en su ‘Nabarra en su vida histórica’, *op. cit.*, p. 251, había escrito que “Álaba, y singularmente Gipuzkoa, representando el papel del mal hermano, desde su lamentable separación clavaban el puñal por la espalda” a Navarra.

España. De otro modo, el monumento se convertiría en un símbolo para los separatistas vascos⁴⁵³. Esta vez nadie respondió a las acusaciones

Hasta mayo de 1924 la polémica no volvió a abrirse. El día 24 los periódicos anunciaban que la Comisión, en su reunión del 23 de mayo, no había querido tomar en consideración una moción de los vocales Arraiza y Huarte tendente a colocar el escudo de España en el monumento de Maya o, caso de que no se estimase oportuno, quitar los escudos de las Provincias Vascongadas. Y lo que era más grave: el presidente efectivo, Campión, había respondido airadamente al vocal Arraiza⁴⁵⁴.

Inmediatamente los medios más hostiles al nacionalismo, incluyendo aquellos que como el *Diario de Navarra* habían suscrito la construcción de Maya, se lanzaron a criticar la negativa de la Comisión, repitiendo los argumentos empleados por Arraiza en 1922 sin demasiado eco⁴⁵⁵. Una de dos: o se retiraban los escudos vascongados o se colocaba en lugar principal el emblema de España⁴⁵⁶.

‘Que no sea el Monumento a Maya un monumento a la Euzkadi de los bizkaitarras, sino a la España de los buenos navarros.’⁴⁵⁷

‘Entre Navarra y el batzoki, la Comisión de Monumentos no puede irse con el batzoki’⁴⁵⁸

La Comisión guardó un escrupuloso silencio. Pero en su reunión del 17 de julio Altadill leyó un escrito destinado a responder a las acusaciones vertidas⁴⁵⁹. En él echaba abiertamente la culpa del incidente a Arraiza. En segundo lugar, recordaba que los escudos de las merindades sí estaban en el monumento. En tercer lugar, señalaba que las

⁴⁵³ La argumentación de Arraiza es sutil y merece recogerse literalmente. En su opinión, los escudos querían significar ‘la coincidencia actual ideológica de las tres provincias vascongadas con el Reino de Navarra’, algo que encontraba ‘peligroso, demasiado significativo y de ninguna oportunidad, sellar esa coincidencia de aspiraciones políticas en el punto evocador de las luchas ‘por la independencia de Navarra.’

⁴⁵⁴ El acta del 23 de mayo recoge literalmente la discusión entre Arraiza y Campión. Puede consultarse en ‘Sección oficial’ en *B. C. M. H. A. N.*, 1924, pp. 233-234.

⁴⁵⁵ Los periódicos más beligerantes fueron el *Diario de Navarra*, *La Tradición Navarra*, de tendencia praderista y *El Pueblo Navarro*. La polémica llegó también a periódicos de San Sebastián y Bilbao. *El Pensamiento Navarro* guardó un llamativo silencio.

⁴⁵⁶ El *Diario* apoyaba esta segunda opción ya que no le parecía cortés quitar los vascongados. Cfr. ‘Una moción plausible no se quiere tomar en consideración’, en *D. N.*, 25-V-1924.

⁴⁵⁷ *Ibidem*.

⁴⁵⁸ ‘Incidente inexplicable. La moción de los Sres. Arraiza y Huarte respecto al monumento de Amayur’, en *D. N.*, 28-V-1924.

⁴⁵⁹ Tanto el escrito, que según parece se remitió a la prensa, como el resto de discusiones aparecen en el acta. Cfr. ‘Sección oficial’ en *B. C. M. H. A. N.*, 1924, pp. 234-245.

diputaciones vascongadas habían colaborado monetariamente en su construcción, estando presentes en la colocación de la primera piedra. A este respecto, Altadill recordaba otros monumentos españoles donde no figuraba el escudo de España sin que fuera motivo de escándalo y negaba todo carácter político al monolito. España, continuaba Altadill, carecía de escudo oficial en 1522, por lo que colocar el actual sería un anacronismo histórico. Por otro lado, si los defensores de Amayur eran unos traidores, como Arraiza parecía pensar⁴⁶⁰, era absurdo solicitar la colocación del escudo nacional en un monumento que los homenajeara. A continuación se votó el acta de la sesión anterior con siete votos a favor y dos en contra, los de Huarte y Arraiza.

El 18 de julio, sin tener todavía el acta en su poder, los periódicos anunciaban que la moción de Arraiza había sido aprobada⁴⁶¹, lo que desde luego no era cierto. La confusión perduró hasta el 20 de julio, cuando la Comisión notificó que la decisión de colocar el escudo de España correspondía a la Diputación, que era la propietaria del monumento. La prensa pidió a la Comisión que solicitara a aquélla la colocación del escudo. Se dijo entonces que Diputación no se había preocupado de aceptar oficialmente el monumento, por lo que no estaba claro quién debía autorizar las modificaciones.

La polémica se fue apagando paulatinamente, dado que la Comisión optó por no hablar. Aunque en un primer momento pudo parecer que todo había quedado en un mero intercambio de cartas, lo cierto es que a medio plazo las consecuencias del *affaire* de Maya fueron de alcance. Cualquiera que repase los números del *Boletín de la Comisión de Monumentos* publicados durante la década de los veinte advertirá cómo a partir de 1924, pasada la fiebre de los primeros momentos, el contenido de la publicación comienza a decaer ostensiblemente. Hay una notoria ausencia de trabajos nuevos y los números se completan con viejas colaboraciones de Iturralde y Campión.

Por fin, el día 14 de junio de 1926 tiene lugar una reunión en el despacho del Gobernador Civil de la provincia, presidente honorario de la Comisión⁴⁶². Éste, considerando que la cuestión de Amayur había llevado a la ‘paralización funcional’⁴⁶³ de la Comisión y escuchadas las opiniones de los señores presidente, secretario y

⁴⁶⁰ Arraiza no había llamado traidores a los defensores de Amayur, pero al parecer había difundido el folleto que recogía el discurso de Pradera en el Centro católico español.

⁴⁶¹ Cfr. ‘La Comisión de Monumentos y el Monumento de Maya’, en *D. N.*, 18-VII-1924.

⁴⁶² Puede consultarse el acta en ‘Sección oficial’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1926, pp. 293-95.

⁴⁶³ *Ibidem*, 293.

vocales, decide ordenar la colocación en lugar preferente del escudo de España en el monumento de Maya⁴⁶⁴. Así perderá, señala, el “carácter anfibológico”⁴⁶⁵ que tenía. Además, pretextando la necesidad de renovar la Comisión, se realizaron importantes modificaciones en su dirección. Campián y Altadill perdieron la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, pasando éstas a Onofre Larumbe y Francisco Javier Arraiza. Huarte se hizo con la dirección del *Boletín* y José Esteban Uranga con la secretaría⁴⁶⁶.

A pesar de los cambios, el *Boletín* no levantará cabeza. La calidad de los artículos continuó bajando, aunque su presentación formal mejoró. En 1927 se inaugura la tercera época de la revista, con un sólo número anual, aunque de extensión similar a los cuatro números juntos de años anteriores. Las colaboraciones de Campián y Altadill, antes tan numerosas, desaparecen casi totalmente. En 1928 el *Boletín* desaparece. En 1934 aparece de nuevo, resistiendo a duras penas hasta 1936.

Cinco años antes, la noche del 26 de julio de 1931, unos desconocidos hicieron explotar varias cargas de dinamita en el monumento de Maya. Resultaba completamente destruido⁴⁶⁷. Nadie se responsabilizaría del atentado.

El Almirante de la flota misionera española.

Más allá de su culto estrictamente religioso la figura de San Francisco Javier ha tenido y tiene una gran importancia en la cultura navarra. Buena muestra de ello son los numerosísimos textos que se le han dedicado⁴⁶⁸.

No en vano, Francisco Javier se ha constituido en un personaje prototípico de la navarritud, tanto para euskaros, nacionalistas y navarritas. Según José Zalba, es “el

⁴⁶⁴ El acta habla de “acuerdos” pero no consta ninguna votación.

⁴⁶⁵ “Sección oficial”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1926, p. 294.

⁴⁶⁶ J. Zalba era el antiguo secretario. Éste, Campián, Altadill, Azcona, Marichalar y Etayo permanecían como vocales. Curiosamente Onofre Larumbe había votado a favor de la propuesta de Altadill en mayo de 1920. Arraiza y Huarte había ingresado en la Comisión en diciembre de 23. Uranga lo hizo en marzo de 1925. Quintanilla (*op. cit.*, p. 60) asocia estos cambios a una disminución del tema vasco. Sin embargo, como veremos en el próximo capítulo, tanto Larumbe como Arraiza y Huarte concebían a Navarra dentro del País Vasco.

⁴⁶⁷ *La Voz de Navarra* fue el medio que más protestó contra el hecho. Cfr. José Azcárate, “El monumento de Amayur ha sido destruido”, en *L. V. N.*, 29-VII-1931. El *Diario de Navarra* expresó su condena pero no prestó excesivo interés. *El Pensamiento Navarro* se desentendió por completo del tema. En 1976 los vecinos de Maya acordaron la reconstrucción del monumento. Ésta finalizó el 10 de octubre de 1982. No se incluyó el escudo de España.

⁴⁶⁸ Bien es cierto que la calidad literaria de algunos de ellos es a veces más que discutible. Un caso extremo de “perversión literaria” es el del poema de Raimundo García “Garcilaso”, “San Francisco Javier”, recogido en *El Eco de Navarra*, 3-XII-1908: “Ya te veo San Francisco / mi San Francisco Javier / abrazado a tus hermanos / los de amarilla tez / que se van tornando blancos / con los besos que les des. / Ya los veo, ya los veo, / con sus labios absorber / el sudor de la tu frente / y la sangre de tus pies. / Ya los veo, ya los veo / ir detrás de ti en tropel / proclamándote caudillo / y alzándote en el pavés.”

personaje que encarna el espíritu navarro del siglo XVI”⁴⁶⁹. El *Diario de Navarra* lo erige en “huestro arquetipo”, porque “cada navarro llevamos en el alma un San Francisco de Javier”⁴⁷⁰. Según Joaquín Beunza “es ante la historia el más genuino representante del genio de Navarra”⁴⁷¹. Para Manuel Iribarren es “el más grande de los hijos de Navarra”, el “prototipo ideal de los hombres de su tierra”⁴⁷². En él se encuentran reunidas “todas las virtudes de la raza”⁴⁷³. A saber: “Fe ardiente, generosidad, tesón, bravura, capacidad de sacrificio, alegre entusiasmo”⁴⁷⁴. Aún más entusiasta se muestra Máximo Ortabe, para quien la “figura gigantesca del gran Xavier [...] basta y sobra para que Navarra asombre al mundo”⁴⁷⁵. Según el poeta, la historia del país puede subsumirse en la del santo “porque Xavier es Navarra; porque Navarra es Xavier”⁴⁷⁶.

Aunque la exaltación de la figura del santo es general lo cierto es que, en la práctica, ha sido objeto de dos interpretaciones muy diferentes.

Francisco de Jaso nació en 1505, es decir, cuando Navarra era todavía un país independiente. Su familia se destacó por su fidelidad a los monarcas destronados y sus hermanos figuraron entre los sitiados de Maya. Estas circunstancias han sido subrayadas por autores como Arturo Campión, interesado en una lectura exclusivamente navarra y vasca de Javier. Según él, “San Francisco de Xabier, o más exactamente dicho, de Etxeberri, es, por su linaje basko, y por su nacionalidad, nabarro”⁴⁷⁷. A este respecto recuerda cómo en los registros de la universidad de la Sorbona Francisco de Jaso no aparece ni como español ni como francés, sino como “cantaber”⁴⁷⁸.

Los escritores nacionalistas Gurbindo y Ruiz de Oyaga llevaron más lejos estas afirmaciones. En su respuesta al Javier “imperial” descrito por Pemán en *El divino*

⁴⁶⁹ José Zalba, “El doctor Juan de Huarte y el Examen de Ingenios”, en *Cultura Navarra*, nº4, 1933, p. 158.

⁴⁷⁰ “Navarra por San Francisco Javier”, en *D. N.*, 24-II-1952, p. 1.

⁴⁷¹ “Conferencia del Señor Beunza”, en *D. N.*, 11-IV-1922.

⁴⁷² M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 102.

⁴⁷³ *Ibidem*.

⁴⁷⁴ *Ibidem*.

⁴⁷⁵ M. Ortabe, *Navarra vuelve*, *op. cit.*, p. 14.

⁴⁷⁶ *Ibidem*, p. 228. Se podrían multiplicar las citas. Para Eladio Esparza, por ejemplo, Javier es la “síntesis prodigiosa de este espíritu misionero y castrense de Navarra” (E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 311.)

⁴⁷⁷ A. Campión, “La familia de San Francisco Javier” en *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 194. Bien es cierto que Campión añade que Javier “pertenece a una comunidad más alta que las patrias terrenas” (*Ibidem*, p. 197).

⁴⁷⁸ *Ibidem*, p. 198. Resulta curioso anotar el argumento que constantemente emplea Campión en esta conferencia, desviando el foco de atención de la vida del santo a la conquista. Según afirma, si los Jasso que eran tan católicos apoyaban a los Albret, éstos no podían ser cismáticos. Cfr. *Ibidem*, p. 224.

*impaciente*⁴⁷⁹ señalaron que ‘San Francisco Javier no fue español ni pudo ser españolista’⁴⁸⁰. Afirmar lo contrario, se dijo en el *Boletín*, era un “desatino histórico”⁴⁸¹.

Por el contrario, para otros autores San Francisco Javier constituye un testimonio paradigmático de la españolidad de Navarra. Los dos personajes arquetípicos del Imperio español son el conquistador y misionero. San Francisco Javier, claro está, es un exponente de este último. Significativamente, Rafael García Serrano afirma que recoge ‘el ímpetu conquistador de España para transformarse en un Hernán Cortés a lo divino’⁴⁸².

La celebración del cuarto centenario de la muerte del santo en 1952 ofreció a los partidarios del españolismo de Javier una ocasión inmejorable para divulgar su particular visión del santo. ‘Era español San Francisco Javier’, sentencia García Rayo, en contraste con lo expresado por Gurbido y Ruiz de Oyaga, “español cien por cien”⁴⁸³. Todavía más: incluso sus propios parientes, que lucharon contra Carlos V, eran españoles, porque “síntoma de españolidad era el amor a la independencia”⁴⁸⁴. También Eladio Esparza⁴⁸⁵ se sirve de la familia del santo para apoyar su hispanismo, algo chocante, si se tiene en cuenta que Campión utiliza la misma fuente para sugerir la tesis contraria. Aprovechando la biografía de Javier, a quien hace ‘Gran Almirante de la flota misionera hispánica’⁴⁸⁶, García Rayo repasa la conquista del reino. Fernando, afirma, tenía todo el derecho a arrebatar la españolísima Navarra a unos reyes herejes y extranjeros.

En este contexto, la visita de Franco a Navarra con motivo del centenario sirvió para establecer comparaciones verdaderamente sorprendentes. Para uno de los columnistas del *Arriba*, Javier es ‘otro Caudillo’, el guía de ‘otro Movimiento que conquista un Imperio para la Fe’⁴⁸⁷. Ya anteriormente Marcelino Olaechea⁴⁸⁸, obispo de

⁴⁷⁹ José M^a Pemán, *El divino impaciente*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, s. f.

⁴⁸⁰ En 1934 hay cierta polémica por el estreno de la obra de Pemán *El divino impaciente*. Cfr. Gurbido y Ruiz de Oyaga, “Xabier y la independencia de su Patria”, en *Amayur*, 23-XII-1932.

⁴⁸¹ Anónimo, ‘El hispanismo de S. Francisco Javier. Desatino histórico’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934.

⁴⁸² Prólogo de Rafael García Serrano a J. del Burgo, *España en paz. Navarra, op. cit.*, p. 5.

⁴⁸³ L. García Rayo, *op. cit.*, p. 13. Por contra, para la crítica francesa Javier es francés, puesto que su linaje viene de Jassu, en la Baja Navarra francesa.

⁴⁸⁴ *Ibidem*.

⁴⁸⁵ E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier, op. cit.*, p. 63. Según Esparza los Jasso abandonan definitivamente a Albret cuando comprenden que fomenta el luteranismo.

⁴⁸⁶ *Ibidem*, pp. 12-13.

⁴⁸⁷ KIF, ‘Reflejos en el Arga’, en *A. E.*, 2-XII-1952, p. 2. Lo mismo dice la “Alocución Pastoral en el IV Centenario de la muerte de San Francisco Javier”, en *A. E.*, de 3-XII-1952. Es el ‘Caudillo de las Misiones’, p. 9.

Pamplona, había observado un fuerte paralelismo entre el santo y los voluntarios de 1936. De hecho, las mismas ‘javieradas’, establecidas a partir de 1940⁴⁸⁹, se constituyen como un eco de la masiva movilización de Navarra durante el Alzamiento. La Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz, que tiene un lugar preeminente en las peregrinaciones, surge de la promesa de algunos voluntarios de acudir a Javier si salían con vida de la guerra⁴⁹⁰. El ambiente militar de estas primeras javieradas es fácilmente perceptible: los peregrinos llevan sus capotes de campaña, se distribuyen en formaciones militares y se destacan por su disciplina⁴⁹¹. ‘Es como si Navarra se movilizase una vez al año para unas grandes maniobras a lo divino’⁴⁹², escribe ufano García Serrano. ‘Marcháis a Javier a pie, recordando las largas jornadas de la guerra’⁴⁹³, predica el obispo Olaechea. A su modo de ver, la sedición contra la República fue ‘la Javierada de 1936’⁴⁹⁴. Las razones que ofrece para peregrinar a la cuna del santo no dejan tampoco ninguna duda respecto a su significado político:

‘Vayamos por tanto a Javier a declarar guerra sin cuartel a la blasfemia, al hablar torpe y lascivo, a la profanación de las fiestas, a las modas indecentes, salidas de escenarios corrompidos y de consignas impías de la Masonería internacional; a las diversiones roedoras de la medula viril de nuestra raza; a los bailes agarrados, traídos por ráfagas de infierno soplado en la carroña de los pueblos viles de la Europa salvaje, o de los aduares y clanes de las tribus más abyectas.’⁴⁹⁵

⁴⁸⁸ Cfr. el prólogo ‘A Javier’ de M. Olaechea a E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier, op. cit.*, p. 13. Monseñor pregunta a San Francisco ‘¿Dónde vas Javier?’ y luego a los voluntarios de 1936 ‘¿Dónde vais voluntarios de 1936?’ Ambos responden lo mismo ‘Por Dios se muere, y por Dios se vence’. Más adelante llama a los voluntarios del 36 ‘javieres’ (*Ibidem*, p.13).

⁴⁸⁹ El 10 de marzo de ese año tiene lugar la primera ‘javierada’ moderna. Con anterioridad habían tenido lugar esporádicas peregrinaciones a Javier. Pueden encontrarse datos en torno a ellas en [J. Ibarra], *Un navarro, Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, pp. 15-23.

⁴⁹⁰ José M^a Recondo, *La Javierada*, TCP, Gobierno de Navarra, p. 7.

⁴⁹¹ Resulta esclarecedora una lectura de la *Guía del Peregrino. IVª Peregrinación de los Mozos de Navarra en Javier*, Ed. del Consejo Diocesano, Pamplona, 1944. Todavía en 1952 el ambiente militar de la Javierada es muy palpable. Cfr. ‘Impresionante manifestación de Fe de la Juventud Navarra’, en *D. N.*, 11-III-1952.

⁴⁹² Prólogo de Rafael García Serrano a J. del Burgo, *España en paz. Navarra, op. cit.*, p. 4.

⁴⁹³ M. Olaechea, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁹⁴ *Ibidem*, p. 16. Repite la expresión en la p. 18. También para Pemán, la Guerra de la Independencia, las carlistadas, y la Cruzada de 1936 son ‘javieradas’ (citado por José M^a Recondo, *La Javierada, op. cit.*, p. 8).

⁴⁹⁵ *Ibidem*, pp. 16-17. La arenga es parafraseada por Ignacio Elizalde S. J., en su artículo ‘¡Javier a la vista!’ en *D. N.*, 8-III-1951.

Qué duda cabe que desde entonces hasta hoy el ambiente de las peregrinaciones se ha relajado considerablemente. Gradualmente los actos toman un cariz más festivo, menos marcial, incluso gastronómico. Las mismas crónicas periodísticas comienzan a recoger anécdotas divertidas sobre los peregrinos. Con todo, las connotaciones belicistas tardan en desaparecer. Escribe Uranga en torno a la javierada de 1952:

“Aun hay gente para hacer otra guerra -me decía un amigo emocionado. Tenía razón. Esto no se hace más que por Dios, para rezar o luchar por Él, en Javier hoy y en el 19 de Julio.”⁴⁹⁶

Pero San Francisco Javier no es el único santo que se ha visto implicado en las discusiones en torno a la conquista de Navarra. Algo similar sucede con San Ignacio de Loyola, santo guipuzcoano pero de gran raigambre en Navarra.

Como es sabido, Ignacio cayó herido defendiendo Pamplona contra las tropas franco-navarras de Albret. Este hecho ha recibido interpretaciones muy diferentes. Para quienes como Etayo simpatizan con los atacantes, Loyola “formaba en un ejército enemigo de Navarra”⁴⁹⁷. Por eso en 1921, el 500 aniversario de la herida del Santo, Etayo, que dice respetar al soldado y admirar al religioso, rechaza que los navarros deban sumarse a ninguna conmemoración⁴⁹⁸.

Para autores como Ascunce, en cambio, Loyola cae luchando no “contra sus paisanos”⁴⁹⁹, los navarros, sino “contra los franceses”⁵⁰⁰ que hacían la guerra a España. Héroe del catolicismo y de la Hispanidad, Ignacio resulta herido “defendiendo la Fe y la Unidad de España”⁵⁰¹.

Epílogo: las tramas de la tragedia.

En las páginas precedentes hemos visto cómo los imperativos geográficos, la personalidad del Príncipe de Viana, las luchas civiles, etc., convertían al ocaso del reino en una tragedia. Con posterioridad a la conquista, el respeto a los fueros por los

⁴⁹⁶ José J. Uranga, “Notas del viaje a Javier”, en *Pregón*, nº 31, 1952.

⁴⁹⁷ Jesús Etayo, “Ante el cuarto centenario de la herida de Iñigo de Loyola”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921, p. 135.

⁴⁹⁸ *Ibidem*.

⁴⁹⁹ E. Ascunce, *op. cit.*, p. 14.

⁵⁰⁰ *Ibidem*, p. 54.

⁵⁰¹ E. Ascunce, *op. cit.*, p. 54.

monarcas castellanos, la fórmula igualitaria de anexión, la herejía de la casa real legítima, etc., atenuaban la desgraciada suerte del reino pirenaico. ¿De qué modo se relacionan los relatos anteriores con las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*?

A lo largo de la investigación hemos realizado ya algunas apreciaciones al respecto. En un extremo se dibujaba en boca de Pradera, Esparza y Doussinague, una lectura proclive a la conquista. Según ella, la anexión, deseada por la mayoría de los nativos y legalmente sustentada, devuelve a Navarra a su verdadero destino, arrancándola de la órbita francesa. 1512 sella un pacto por el cual el reino cede parte de su independencia a cambio del respeto a su autogobierno. El sacrificio se compensa con la entrada de Navarra en las empresas imperiales. Esta concepción, como es obvio, pertenecería al *ager*.

Frente a ella se distingue una lectura propia del *saltus*. Según esta perspectiva, Navarra pierde su soberanía a causa de las guerras civiles y las artimañas del Extranjero. Con todo, reacciona y sufre una durísima represión. Es mutilada entre Francia y España. Y aunque obtiene un pequeño reconocimiento institucional, éste no ha dejado de ser burlado por unos y por otros.

La polémica de Amayur, las diferentes aproximaciones a las figuras de Francisco Javier e Ignacio de Loyola vienen a expresar la presencia de estas dos tramas. En concreto el santo navarro parece haber constituido con frecuencia una sublimación del sacrificio propugnado por el *ager*.

Con todo, si tomamos íntegramente la narración de muchos autores se evidencia una postura a mitad de camino entre el *saltus* y el *ager*. Especialmente entre los escritores euskaros y navarristas, los relatos concretos del ocaso del reino son marcadamente ambiguos. Muchos de ellos aceptan los resultados históricos de la invasión castellana, pero se muestran sorprendentemente críticos con los medios. En algunos casos sus argumentos se acercan notablemente a los enemigos de la unidad española.

En este contexto, la utilización del género trágico permite a los escritores euskaros y navarristas convivir con el pasado sin romper con el presente. Esta nunca es tarea fácil, pero en el caso de Navarra es si cabe todavía más problemática, dado que su españolidad es el resultado de una ocupación violenta. ¿Cómo compatibilizar el patriotismo local con el patriotismo peninsular? A nuestro modo de ver, la tragedia es el artificio que permite sentirse heredero del pasado independiente sin propugnar una salida independentista en la actualidad, denigrar al Católico sin agraviar a Alfonso XIII,

erigir un monumento a los caballeros de Amayur sin tener que echarse al monte a proseguir la lucha contra el invasor. Quien, como Pradera, aplauda directamente la invasión del duque de Alba corre el riesgo de aparecer como un vástago del Conde de Lerín, como un traidor que celebra la muerte de su país. La narración del fin de la Navarra independiente a través de la tragedia posibilita transigir con la idea de España al tiempo que se lamenta la desgracia del terruño, hace inevitable la pérdida de la soberanía, facilitando la aceptación del estatuto de simple provincia.

Desde este punto de vista, y en la medida que hace tolerable la subordinación al Extranjero, la tragedia constituiría un mecanismo cercano al *ager*. Pero su papel es mucho más complejo. De hecho, también autores nacionalistas acudían a ella. Esto se explica porque la tragedia no sólo permite a los españolistas compatibilizar el pasado de independencia con el presente dependiente, sino que además soluciona a nacionalistas y no nacionalistas la asunción íntegra del pasado. Como hemos visto, los antepasados de los siglos XVI en adelante se avinieron dócilmente con la dominación española, permitiendo que su solar fuera abandonado a los franceses y que sus reyes legítimos murieran en el exilio. ¿Cómo compaginar su comportamiento con el de aquellos antepasados anteriores que lucharon denodadamente en Roncesvalles y Olaso contra el Extranjero? ¿Cómo asumir a unos y a otros al mismo tiempo? El destino frustrado de Carlos de Viana, el juramento como súbditos y no como vasallos, el regreso de la casa real navarra con los Borbones, etc., son paliativos que ayudan a comprender la actitud de los antepasados posteriores a la anexión. En definitiva, a absolverlos del delito de traidores y cobardes. En este sentido, en tanto que permite continuar con la creencia en el carácter indomable de los ancestros, en su amor sin límites a la independencia, la tragedia ha servido de punto de apoyo al *saltus*.

En definitiva, la tragedia constituye un *tropo* que salva *in extremis* la integridad de las diferentes ideologías ante la amenaza de un pasado que les es incoherente. Ni el *saltus* ni el *ager* están preparados para un relato en términos de comedia o épica.

Ahora bien: al mismo tiempo la tragedia es un compromiso inestable. La vaguedad de algunos personajes, las contradicciones de muchos autores, la impresión de hallarnos ante unos relatos incompletos, en formación, no es sino la expresión de esa fragilidad. Continuamente cada trama ha intentado terminar con esa inestabilidad, y por tanto con la tragedia, construyendo relatos más firmes. El *saltus* ha reforzado la brutalidad de la conquista, heroizado la resistencia nativa. El *ager*, en dirección opuesta, ha tendido a legitimar la invasión, a dulcificarla, a subrayar el respeto a los fueros.

